

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

HOMBRES SIN ALMA

張錦
東山



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

HOMBRES SIN ALMA

Colección ¡KIAI! n.° 18
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S, A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 6.406 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

El juicio había llamado la atención de George Washington *Budd* Baxter, no porque se tratase de un caso criminal, sino porque le había dado la sensación de que una persona débil y desvalida estaba a punto de ser atropellada por alguien enormemente poderoso. En realidad, era un vulgar juicio por los derechos de una patente de invención.

La persona débil era una hermosa muchacha, de melena corta, leonada, y silueta con numerosos atractivos. El abogado Thompson K. Eggles representaba al poderoso.

Budd Baxter se había ido unos días de descanso a Point Seminóle, una pequeña localidad situada al sur de Florida. Sentía deseos de desperezarse al sol, sobre la cálida arena, mojándose de cuando en cuando en el mar... pero a muy pocos metros de la costa. Una joven que se alojaba en su mismo hotel, se había burlado de él, pero Baxter había dicho que no tenía amigos entre los tiburones y que éstos no admitían recomendaciones.

Además, si quería hacer ejercicio, disponía de la piscina del hotel. No, lo único que quería era relajarse, distender su mente y olvidarse, durante una semana, de todas sus preocupaciones. Pero el juicio había llamado su atención.

Asistió a todas las sesiones. Finalmente, el juez sentenció a favor del demandante.

El abogado de la demandada protestó, pero a Baxter le pareció que lo hacía por pura fórmula. En cambio, la demandada se levantó y protestó a voz en cuello, de lo que le parecía una injusticia.

—La sesión se ha terminado —dijo el juez.

—Con un robo, Señoría.

—Repórtese, señorita; de otro modo, me veré obligado a imponerle una sanción...

—Su Señoría puede multarme, puede encarcelarme, pero no podrá impedir mi derecho a expresarme libremente. Esto ha sido un robo sancionado por la ley... una ley comprada por el más fuerte.

El juez se enfureció.

—¡Alguacil, saque de aquí a esa loca antes de que me obligue a cometer un disparate!

—Ya lo ha cometido, sentenciando a favor del demandante —contestó la chica con mordaz acento.

Las risas explotaron, con fuerza, en la sala. Al fin, un alguacil se llevó a la enfurecida perdedora, mientras que un par de policías desalojaban el lugar.

El defensor trató de calmar a la chica.

—¡Usted se ha dejado comprar! ¡Me engañó suciamente! —protestó ella con toda la fuerza de sus pulmones, en el atrio del

pequeño palacio de justicia.

—Hice lo que pude, señorita Rowan —dijo el abogado—. Y, para que vea mi buena fe, no le cobraré honorarios...

—¡Oh, pero si yo estoy dispuesta a pagarle! Mire, el primer plazo.

La chica alzó una mano y la estrelló contra la mejilla del abogado. Era fuerte, observó Baxter; el leguleyo dio una vuelta en redondo y estuvo a punto de caer.

En aquel momento, el abogado del demandante salía, acompañado de un par de sujetos elegantemente vestidos.

—Ahora le pagaré el segundo plazo. Quizá no le dieron lo suficiente, pero yo le resarciré ampliamente —gritó ella.

El abogado del demandante se vio enfrentado de repente a un torbellino con faldas, que le arrebató su portafolios, abriéndolo antes de que él o sus acompañantes pudieran evitarlo. La chica, con la cara roja por la indignación, abrió el portafolios.

Dentro había unos fajos de billetes. Se oyó una carcajada casi histérica.

—¡Tome, aquí tiene el segundo plazo! —exclamó, a la vez que arrojaba a la cara de su defensor un fajo de billetes—. Ahora no se podrá quejar de la falta de generosidad del señor Forrestyne.

—¡Oiga! —chilló el otro abogado.

Pero la joven parecía haber enloquecido. Baxter encontró muy extraño que un abogado de fama bien cimentada, como era Thompson K. Eggles llevase tanto dinero en su portafolio.

La chica lanzó más dinero al aire. Los billetes empezaron a revolotear por todas partes.

—¡Ahí va, Forrestyne quiere celebrar su victoria! ¡Tomen el dinero, amigos; beban todos a la salud del señor Forrestyne!

En la puerta del tribunal se organizó un espantoso tumulto. Uno de los acompañantes de Eggles se lanzó sobre la chica, pero ella le arreó un tremendo golpe con el portafolios.

Baxter, prudentemente apartado, se divertía en grande con aquella escena. Hasta los dos policías que estaban en la puerta del edificio se lanzaron en busca de su parte en el botín.

Aprovechando la confusión, ella escapó a la carrera. Uno de los acompañantes de Eggles, barbotando mil imprecaciones, quiso lanzarse tras la chica, pero una pierna que surgió inesperadamente de alguna parte le puso una venenosa zancadilla y el hombre fue a caer debajo de un montón de personas que se peleaban como fieras por la posesión de algunos billetes.

Eggles y el otro fueron atropellados sin piedad. Cuando, al fin, se oyó una sirena policíaca y el tumulto perdió intensidad, Eggles y los otros dos sujetos se pusieron en pie. Tenían las ropas destrozadas; a

Eggles le faltaba la corbata y media camisa y su ojo izquierdo se cerraba rápidamente. El aspecto de los otros dos individuos, a quienes la mirada, experta de Baxter juzgó más como guardaespaldas que como ayudantes forenses, no era mucho mejor.

Baxter meneó la cabeza, mientras regresaba al hotel. Elynor Rowan, se dijo, había ganado una pequeña victoria, pero no le servía para nada. Su derrota en el asunto más importante había sido total.

Aquella tarde, Baxter se encontró con la joven que le había desafiado a nadar en mar abierto.

—Puesto que no aceptas mi reto, para nadar en el mar, voy a hacerte otra clase de desafío —dijo ella.

Baxter la contempló, con la sonrisa en los labios. Sus cortas vacaciones estaban a punto de terminar. Ginny Malloy era una mujer con los suficientes atractivos para aceptar otra clase de retos.

—Si es en lugar privado, lejos de las miradas de los curiosos, acepto —contestó. —Champaña, a las diez de la noche, en mi habitación.

—¿Una botella?

Ginny hizo un gesto ambiguo.

—Eso, para empezar —contestó.

Baxter juntó en círculo el pulgar y el índice.

—O. K. —respondió.

* * *

A las diez y media, Ginny dijo que su invitado era un hombre volcánico, que nunca se hubiera podido imaginar una cosa semejante y que necesitaba arreglarse un poco el pelo. Baxter, con el cigarrillo en los labios, asintió.

Estaba en la sala de la *suite* que Ginny ocupaba en su mismo hotel, a seis pisos por encima del suelo. La sala tenía una gran cristalera, que daba a una amplia terraza, protegida por una barandilla de hierro. Debajo de aquella terraza, un poco a su izquierda, quedaba la gran piscina que utilizaban los huéspedes que no gustaban de bañarse en el mar.

La temperatura se había hecho excesiva en los últimos momentos. En mangas de camisa, Baxter descorrió la puerta vidriera y se asomó a la terraza. El jardín del hotel estaba alumbrado de forma muy agradable por las luces indirectas, situadas en lugares estratégicos bajo los macizos de flores o tras los arbustos ornamentales.

En la piscina, solitaria en aquellos momentos, se reflejaba el disco plateado de la luna como en un espejo. Súbitamente, algo rompió el encanto del momento.

Una voz bronca llegó a sus oídos, procedente de la *suite*

contigua:

—Es sólo una mera formalidad, señorita. Basta simplemente con...

—¿No tienen bastante con la sentencia del juez? ¿Qué más quieren, entonces? Aunque me parece que no lo han conseguido todo, ¿verdad?

—Miss Rowan, dejémonos de tonterías. Aquí tiene un cheque. La cifra que está escrita es mucho más de lo que usted tiene derecho a esperar. Firme estos documentos y quédese con el cheque.

Baxter oyó la risa burlona de Elynor Rowan. De pronto, se preguntó por qué le sonaba el nombre.

—Sospecho que el famoso abogado Eggles no es tan listo como se dice por ahí —dijo Elynor burlonamente—. Ha ganado el pleito, pero una rueda no puede girar si le falta el eje, ¿eh?

Otro individuo terció en aquel momento:

—Señorita, estamos dispuestos a olvidar lo que sucedió esta mañana en el tribunal. Lo único que queremos es que acepte el cheque y que firme los documentos.

—¡Oh, magnífico! —respondió Elynor—. El señor Eggles no confía demasiado en sus conocimientos en leyes, cuando emplea a dos rufianes como Red Brucker y Hunt Dyle. ¿Qué van a hacer ahora si me niego a firmar? ¿Retorcerme un brazo?

—Pues no le extrañe que recurramos a ese procedimiento —dijo uno de los sujetos—. Se nos está agotando la paciencia...

Y a Baxter le quemaba la curiosidad, por lo que, salvando la separación entre las dos terrazas, pasó a la que correspondía al apartamento de la chica.

Las cortinas estaban descorridas casi por completo. La puerta vidriera aparecía cerrada salvo una rendija de unos diez centímetros. De otro modo, Baxter no habría podido escuchar lo que se hablaba en aquella habitación.

Ninguno de los ocupantes se había dado cuenta de su presencia. Sigilosamente, Baxter se acercó al rincón más oscuro y se situó junto al borde de la cristalera. Al asomar la cabeza, vio que Elynor cruzaba los brazos bajo un seno de curvas perfectas.

—No firmaré —dijo—. Primero, porque es un robo. Segundo, porque no tengo la seguridad de que la muerte de mi padre se deba a un accidente. Hablando con claridad: murió asesinado.

—Eso no importa ahora —rugió Brucker.

—A mí sí me importa. Y mucho. —Elynor rió desafiante—. Han conseguido la propiedad de la fórmula, pero el infalible Eggles falló. No se pueden fabricar salchichas a mano, ¿verdad? Ustedes tienen la materia prima, pero les falta la maquinaria.

Baxter parpadeó. Aquel pleito, se preguntó, ¿se había debido a

la disputa por la propiedad de una nueva fórmula de salchichas?

Dyle perdió la paciencia.

—Basta ya —gruñó—. Le guste o no, va a firmar.

Entonces fue cuando Baxter decidió intervenir.

A veces, se decía que le hubiera gustado disponer de un poder infinito, para cortar muchos de los males e injusticias que afligían al mundo. Baxter tenía un magnífico negocio, pero se sentía insatisfecho. Cualquiera que le conociese podría pensar que había alcanzado cuanto se puede pedir a la vida, pero él pensaba de manera muy diferente.

Allí había una muchacha en apuros. No lo hacía porque fuese una mujer joven y bonita; le parecía, simplemente, que debía ayudarla. Cuando Dyle asía el brazo izquierdo de Elynor, él hizo correr a un lado la puerta vidriera.

—Déjenla en paz —ordenó.

Los dos sujetos se volvieron, tremendamente sorprendidos. Elynor no se sentía menos atónita.

—¿Quién es él? —preguntó Brucker.

—No le conozco —respondió Elynor.

—Un entrometido —dijo Dyle.

—Puede, pero no me gusta ver ciertas cosas. Recojan esos papeles y lárguense — ordenó Baxter fríamente.

Brucker y Dyle cambiaron una mirada burlona. El hombre que tenían frente a sí ofrecía un aspecto corriente. Baxter no era demasiado alto, aunque tampoco se le podía considerar como un hombre bajito. Cuando vestía con ropas discretas, habría podido pasar por un oficinista.

Muchos se habían llevado un chasco, pero siempre demasiado tarde. A las mujeres hermosas también les sucedía lo mismo, hasta que captaban cierto brillo en los ojos de Baxter. Pocos, sin embargo, conocían su maestría en las Artes Marciales Orientales.

—Bueno, aplasta a esa mosca y échala de aquí —dijo Brucker, despectivamente.

Dyle avanzó un par de pasos, sonriendo burlonamente. De súbito, disparó su puño derecho.

La sorpresa le hizo abrir la boca estúpidamente, cuando se dio cuenta de que no tenía a nadie frente a sí. Antes de poder reaccionar, algo le hizo dar una tremenda voltereta en el aire.

Cayó de espaldas al suelo. Cuando se incorporaba, una rodilla alcanzó su mentón. Inmediatamente, se despreocupó de las cosas de este mundo.

Brucker lanzó un gruñido. «A él no le pillaría desprevenido», se dijo.

Amagó con la derecha, para golpear con la izquierda. Cuando se quiso dar cuenta, Baxter le había aplicado ya el tercer movimiento del

hombro, de judo *kata-guruma*. Baxter adelantó el pie derecho, situándolo junto al de su adversario, cargó un poco el hombro, desequilibrando así a su adversario, y luego, sin aparente esfuerzo, lo hizo volar por los aires.

Brucker lanzó un agudo chillido. Fascinada por lo que veía, Elynor contempló el largo vuelo del sujeto quien, tras pasar por encima de la barandilla, se precipitó hacia la piscina situada a seis pisos más abajo.

Hubo una sonora explosión de espumas. Baxter sonrió.

—He aplicado un poco más de fuerza, porque sabía que el agua refrigeraría sus ímpetus —dijo alegremente.

Dyle empezaba a moverse. Baxter lo agarró por el cuello de la chaqueta y lo arrastró hasta la barandilla.

Abajo, Brucker nadaba penosamente en busca de la orilla.

El segundo cuerpo voló por los aires. Baxter se inclinó fuera del parapeto:

—¡Cuidado! ¡Ahí va eso!

Brucker respingó, cuando su compinche se hundió en el agua a menos de cinco metros de distancia. Dyle emergió a poco, resoplando y tosiendo frenéticamente. Cuando empezaban a salir del agua, los primeros empleados del hotel corrían, asombrados, hacia ellos.

Arriba, en la sexta planta, Baxter tomó unos documentos que había sobre una mesa.

—Usted no quería firmar —dijo.

Elynor hizo un signo negativo. Segundos después, dos mojados individuos vieron caer de lo alto una lluvia de menudos fragmentos de papel.

—Ciérrese con llave por dentro y no abra a nadie, señorita Rowan —dijo Baxter—. Ahora tengo un compromiso; si le parece, nos veremos mañana por la mañana.

La chica no acertaba todavía a decir algo. Antes de que pudiera hablar, aquel insólito visitante había desaparecido ya de su vista.

Baxter cruzó la puerta de la sala, cuando Ginny salía del baño. El joven sonrió. Ginny no se había enterado de lo sucedido.

—Te has peinado muy bien —dijo él.

Ginny le miró maliciosamente.

—La culpa es tuya —contestó.

Baxter avanzó hacia ella.

—Has perdido el tiempo. Voy a despeinarte otra vez —dijo—. Si no tienes inconveniente, claro.

—Me gusta que me despeinen —dijo Ginny riendo, mientras se dejaba rodear por los fuertes brazos de su invitado.

CAPÍTULO II

Baxter se sentó a desayunar, a la mañana siguiente, un poco tarde, en una explanada en la que abundaban el césped y los macizos de flores, bajo una gran sombrilla blanca y roja. La temperatura era muy agradable y el ambiente resultaba encantador y relajante.

Elynor Rowan apareció minutos después, fresca y lozana como una rosa. La chica vestía ahora una especie de blusa, que terminaba justo bajo el pecho bien formado, de curvas netamente femeninas. Debajo de la blusa, apreció expertamente Baxter, no había nada más.

El resto de la indumentaria eran unos breves pantaloncitos azules y sandalias de medio tacón. Elynor se sentó desenvueltamente frente al joven y le miró con la sonrisa en los labios.

—Sigue en la Tierra —dijo.

—¿Por qué no iba a estar aquí? —preguntó él.

—Anoche creí que había aparecido un ángel salvador. Luego pensé que ya no volvería a verle más, pero celebro haberme equivocado.

—No soy un ángel, sino un hombre con más defectos que virtudes —rió Baxter de buena gana.

—Anoche conocí alguna de sus virtudes. Dígame algún defecto, por favor.

—Me disgustan los rufianes. Y me gustan muchísimo las mujeres, jóvenes y bonitas.

—Ha mencionado dos virtudes —dijo Elynor riendo, a la vez que alargaba su mano a través de la mesa—. Gracias, señor...

—Baxter, pero puede llamarme Budd.

—Yo soy Elynor Rowan.

— La que perdió el juicio ayer.

—Sí. Fue un robo. Tengo la seguridad de que el defensor que me busqué, estaba de acuerdo con ese forajido de guante blanco y código en mano que es Eggles.

—Pero, según tengo entendido, en el juicio no se dilucidó el problema completo. Falta la máquina que fabrica las salchichas de su patente.

Elynor abrió mucho los ojos.

—¿Una máquina salchichera...? —De pronto, rompió a reír—. ¡Oh, ya lo recuerdo! Pero eso no era más que una simple metáfora, Budd.

El turno de la sorpresa fue, ahora, para Baxter.

—Elynor, no me diga…

Ella le miró fijamente.

—Budd, no sé por qué, pero presiento que puedo confiar en usted —dijo.

—Intuición femenina, por supuesto.

—Llámelo como quiera, pero es así. Nadie que hubiera visto anoche a esos dos gorilas se hubiese atrevido a levantar un dedo en mi ayuda.

—Yo lo hice, Elynor.

—Lo sé y jamás se lo agradeceré suficiente. Pero no se trata de una patente sobre salchichas de un nuevo sabor, sino algo muchísimo más importante. Incluso puede revolucionar el mundo actual.

Baxter parpadeó.

—¡No se tratará de la droga de la eterna juventud! —dijo—. Estamos en Florida, la tierra donde Ponce de León buscaba la fuente…

—Lo sé, Budd, pero esto es algo más prosaico. Y, sin embargo, revolucionarlo.

—Bueno, si tiene confianza en mí, ¿por qué no me lo explica?

—¿Ha oído hablar alguna vez del *P-10?*

—No. Nunca. ¿Qué es, un antibiótico de nueva especie?

—No. *P* es la Inicial de plástico o poliuretano, *10* es la cifra con que se designa, en geología, el mineral de la máxima dureza, que es el diamante. En resumidas cuentas, es un plástico de extremada dureza, tanto como el acero.

Baxter levantó las cejas.

—Un plástico duro como el acero…

—Bien, la comparación tal vez resulte un tanto exagerada, pero no cabe la menor duda de que es el plástico más duro que se ha elaborado hasta la fecha *P-10* es la definición, simplemente… pero, desde luego, las diferencias, entre ese plástico y el acero, en cuanto a dureza, son realmente mínimas. El *P-10* es más pesado que los otros plásticos, pero, aun así, el acero, a Igualdad de volumen, pesa algo más del doble.

—Una explicación muy Interesante —sonrió Baxter—. Continúe, Elynor.

—Con el *P-10* podrían fabricarse muchas cosas que ahora, necesariamente, han de ser de metal. Claro que el desgaste sería algo más rápido, pero la facilidad de elaboración compensaría ese pequeño defecto. Además, una pieza desgastada puede Ir a la fundición, por decirlo así, y ser elaborada de nuevo, tras un proceso de regeneración, muy rápido y sencillo, que no elimina sus características.

Los ojos de la joven brillaron de pronto.

— Budd, ¿se Imagina usted lo que sería, por ejemplo, la

armazón de un edificio en que el *P-10* sustituyera al acero? La misma solidez, la misma resistencia a la tensión… y menos de la mitad del peso. En determinados elementos de la Industria, el *P-10* sustituiría totalmente al hierro. Incluso el casco de un buque podría fabricarse íntegramente de *P-10.* Imagínese, la misma capacidad de carga, con varios miles de toneladas menos de peso… en los automóviles, salvo el motor y determinadas partes de la transmisión y los neumáticos, todo sería hecho con *P-10…* Hay miles y miles de objetos que pueden hacerse con la fórmula de mi padre, objetos útiles, por supuesto. Es duro, resistente a temperaturas de cientos de grados, resistente a los ácidos, cuesta mucho de rayar…

—La perla de los plásticos, vaya —dijo Baxter, sonriéndose ante el entusiasmo que mostraba la muchacha.

—Puede usted asegurarlo. Incluso muchos Instrumentos quirúrgicos, salvo los cortantes, por ejemplo, podrían ser fabricados con *P-10* y desechados Inmediatamente después de la operación.

—Estamos en el siglo de los desechos, las basuras y los desperdicios —comentó el joven melancólicamente.

—Pero el *P-10* es fácilmente regenerable, ya se lo he dicho. Todo lo que se hubiera utilizado hasta cierto límite, podría enviarse a las fábricas de recuperación, como se hace con la chatarra, con los desperdicios de plomo, de cobre, de papel… Esa fórmula vale…

—Su peso en oro.

—Lo que pesa el planeta —exclamó Elynor, con cara de iluminada—. Y Eggles, en nombre del todo poderoso W. T. Forrestyne, me la ha quitado.

—El nombre de Forrestyne no me suena —dijo Baxter.

—Alguien le llama nombre sin rostro. Muy pocos le han visto, pero son millones los que han sentido, los que sentimos el peso de su poderío. Sin embargo, hasta los más poderosos cometen errores.

—¿De veras?

—Una sustancia especial, necesita una máquina especial. ¡Y Forrestyne no la ha conseguido! —exclamó ella triunfalmente.

—A ver, explíquese, Elynor.

—Mi padre no entendía demasiado de tecnicismos legales, lo que ha llevado al representante de Forrestyne a ganar el pleito, derivado del contrato que se firmó en tiempos. Pero en el contrato no se incluía para nada maquinaria o elementos mecánicos de fabricación. Y sin esa maquinaria…

—No pueden hacer las salchichas.

—Tome usted un trozo de mineral de hierro y un trozo de hulla. ¿Qué hará si no dispone del fuego para encender el carbón y de un alto horno para la fabricación del mineral?

—Partir ambos elementos en trozos más pequeños y construirme

una honda. De este modo, al menos, tendría proyectiles para defenderme.

Elynor no pudo contener una carcajada, que sonó fresca y rotunda, de tal modo, que los huéspedes del hotel que se hallaban en las inmediaciones se vieron obligados a volverse hacia la mesa. Baxter sonreía, encantado de la espontaneidad de la chica.

—Algo por el estilo —convino Elynor, cuando al fin hubo cesado de reír—. Naturalmente, anoche, Dyle y Brucker querían obligarme a firmar un sedicente contrato de venta de las instalaciones de mi padre, con todo cuanto se encuentra en su interior. Lógicamente, me negué... aunque no sé qué hubiera hecho sin su oportuna intervención.

—¿Le pagaban mucho?

—Quinientos mil dólares, Budd.

—Vaya, al menos no podrá quejarse de la generosidad de Forrestyne —comentó él.

—Pagar uno por lo que puede reportar diez mil de beneficio, no es ser demasiado generoso —alegó ella.

—Una porción muy respetable —dijo Baxter, quien empezaba a pensar que la mente de Elynor no funcionaba todo lo bien que debiera. Algunas cosas le parecían francamente exageradas, aunque, por cortesía, se abstuvo de expresarlo en voz alta.

De pronto, ella hurgó en su bolso de rafia.

—¡Oh! —exclamó, pasados unos instantes—, me hubiera gustado darle una muestra de *P-10,* pero no tengo aquí ni un solo gramo. Oiga, ¿por qué no me acompaña a la fábrica? Bueno, en realidad, es un laboratorio...

Baxter dudó un momento. Tal vez se estaba dejando arrastrar por unos chispeantes ojos de color violeta y una figura llena de atractivos y consideraba que ya había hecho bastante con librar a Elynor de unos importunos. Pero ella se lo sugería con tanta sinceridad, que no se atrevió a decepcionarla.

* * *

La fábrica estaba en el interior, a varias millas de la población. Elynor guió su coche, un viejo convertible con casi diez años de antigüedad, a través de un sendero que serpenteaba por las selvas pantanosas del borde nordeste de los Everglades. En ocasiones, tenían que pasar por brazos de agua, salvados por unos puentes hechos de troncos que parecían ir a desintegrarse de un momento a. otro.

Baxter se estremeció al pensar en lo que podía sucederle, si caía al agua. Los cocodrilos y otros saurios abundaban allí tanto como la gente a la salida de las oficinas, en Wall Street. Y más valía no pensar en las venenosas serpientes mocasín, de letal mordedura. Pero, en ocasiones, haciendo abstracción de tan problemáticos riesgos, el

paisaje resultaba encantador.

De pronto, llegaron a un claro, en el que se veían dos edificios contiguos. Uno de ellos era una vivienda de una sola planta, sostenida por pilotes. El otro era un cobertizo de unos doce metros de largo por cuatro de anchura, éste situado sobre un sólido basamento de hormigón.

—La casa donde vivía con mi padre y el laboratorio —señaló Elynor.

—Ahora se aloja usted en el hotel —observó Baxter.

— Estaba de viaje, y la casa nunca acabó de gustarme. Puesto que no pensaba permanecer aquí demasiado tiempo, preferí hospedarme en el hotel.

Elynor se apeó y caminó hacia el laboratorio. Baxter no dejó de percatarse del estado de abandono en que se encontraba todo. Las plantas trepadoras empezaban ya a reptar por las paredes. Si no se cuidaba el lugar, pensó, la vegetación lo cubriría todo en un plazo muy breve.

Elynor ascendió rápidamente los seis escalones que llevaban a la puerta del laboratorio. Abrió el bolso, sacó una llave y la insertó en la cerradura.

Baxter oyó un leve chirrido. A la cerradura, no cabía duda, le faltaba grasa.

Elynor puso la mano en el pomo. Al mismo tiempo que empujaba la puerta, movió la otra mano.

—Vamos, Budd.

Ella dio un par de pasos en el interior. Baxter vio que la chica se detenía súbitamente, a la vez que lanzaba un grito:

—¡Oh, Dios mío!

Baxter subió la escalera en dos saltos. Desde la puerta, divisó el cobertizo, absolutamente vacío, con las paredes de una desoladora desnudez.

Todo lo que había allí eran algunos papeles y un par de herramientas viejas, aparte de la instalación de energía eléctrica. Pero la maquinaria y demás instrumentos habían desaparecido por completo.

Baxter se acercó a la muchacha. Elynor tenía la boca abierta, pero no acertaba a emitir una sola palabra. Su cuerpo temblaba con leves espasmos. Baxter se dio cuenta de que ella estaba al borde de la histeria.

—¡Cálmese, Elynor! —dijo—. Procure mantenerse serena. Todo se arreglará satisfactoriamente.

—Se lo han llevado todo, todo...

—Pero ¿cómo han podido hacerlo? Dígame, ¿cuándo estuvo usted en el laboratorio por última vez?

—Hace dos días. Estaba perfectamente, en condiciones de absoluta normalidad… —Elynor, si el *P-10* es tan importante, ¿cómo no se le ocurrió contratar un par de vigilantes para que cuidasen de la fábrica?

De pronto, ella se echó a llorar.

—Estoy arruinada. Ni siquiera voy a poder pagar la cuenta del hotel —contestó, gimoteando aparatosamente.

Baxter se dio una palmada en la frente. «Lo que faltaba», pensó.

—Está bien, no se preocupe; ya solucionaremos…

—¡Eh! —chilló Elynor—. ¡Mire, no se han llevado todo!

La chica corrió un par de pasos y se inclinó para recoger algo del suelo. Baxter vio que era una lámina de algo que parecía vidrio, cubierto de polvo, de un tamaño algo superior al de una tarjeta postal.

—Tome, se lo regalo como recuerdo. —Elynor sonrió a través de las lágrimas que inundaban sus bellos ojos—. No tengo más para darle —agregó.

—Sí —contestó él, a la vez que se inclinaba—, tiene las mejillas como piel de melocotón.

Sus labios rozaron el lado izquierdo de la cara de Elynor, quien se ruborizó intensamente.

—Será mejor que volvamos a la ciudad y denuncie el robo —aconsejó él a continuación.

CAPÍTULO III

Baxter llegó a Nueva York, su residencia habitual, al día siguiente por la noche. En cuanto se levantó y mientras su criado Tim Koye le preparaba el desayuno, pasó a la sala de su lujoso departamento y tocó un interruptor hábilmente disimulado en el muro.

Un gran lienzo de pared se descorrió silenciosamente a un lado. Baxter se encontró en una sala, algo más pequeña, en la que había varias pantallas de televisión, un par de teléfonos y una pequeña computadora, además de algunos aparatos de control. Eran contadísimas las personas que conocían la existencia de aquel bien dotado cuarto de comunicaciones.

Asimismo eran escasas las personas que conocían la verdadera identidad de Baxter. Años atrás, Baxter había fundado una agencia de recortes de Prensa. Había empezado él en un principio, con una secretaria, que luego le dejó para casarse, y los dos se dedicaban a recortar cuantas noticias impresas y gráficas aparecían en diarios y revistas sobre gentes con un mínimo de notoriedad. El buen trabajo, la seriedad y la discreción habían hecho progresar la agencia, que ahora contaba con millares de suscriptores en todas las partes del mundo.

Una docena de chicas se ocupaban exclusivamente de los recortes de Prensa. Dos más atendían el perfectísimo ordenador, que contestaba respuestas a las consultas en un tiempo increíblemente corto. Otras se encargaban de la correspondencia. El director era Denis Gray, antiguo conocido de Baxter, quien también había puesto su buena dosis de trabajo para el progreso de la agencia.

El negocio marchaba ahora prácticamente solo. Baxter sabía que podía confiar en Gray. Por otra parte, Baxter contaba con una preciosa fuente de informes. En las cintas grabadas de la computadora había miles y miles de datos, aparte de las carpetas de los archivos, con recortes de Prensa y fotografías de personas que debían su celebridad a los más dispares motivos.

La agencia estaba en un lugar muy distante del domicilio particular de Baxter. El joven apenas si visitaba las oficinas de la agencia; en los últimos tiempos, se había hecho instalar un perfecto sistema de comunicaciones, por audio y video. En realidad, hacía muchos meses que no visitaba su propio negocio.

Gray casi se lo había prohibido. La última vez que estuvo se

produjo una especie de motín entre las chicas. Gray quería trabajo y no histerismos y rogó al joven, cortés, pero firmemente, que fuese lo menos posible por su agencia.

Baxter sonrió al recordar este detalle. Se acercó a la consola de mandos y tocó un interruptor.

Una pantalla se iluminó, casi de inmediato. El rostro cuadrado de Denis Gray, debajo de una cabellera que ya empezaba a blanquear por las sienes, de pelos ásperos como cerdas, apareció de inmediato en el televisor.

—¿Qué tal tus vacaciones, Budd? —saludó Gray.

— No puedo quejarme. Se me ha ocurrido una idea que puede mejorar nuestros servicios. Tal vez sea preciso tomar un poco más de personal, pero confío en que los resultados sean altamente beneficiosos.

—Está bien, suéltalo ya.

—Verás, tú sabes que el sistema de *cassettes* se está imponiendo en la televisión. Lo mismo que se puede grabar en una cinta un concierto de música o una obra de teatro, ahora se puede grabar cualquier emisión y repetirla luego en el mismo televisor.

—Sí, es cierto, cada día hay más cacharros de esos...

—Bien, yo pienso que deberíamos grabar noticias filmadas y remitidas en los telediarios, sobre las personas de importancia. A ellos podrían interesarles esas cintas grabadas. Por sus ocupaciones, quizá no tienen tiempo muchas veces de ver la entrevista o la noticia, cuando se lanza al aire en el programa de televisión. Pero si supieran que nosotros podemos proporcionarles la cinta grabada, nos confiarían el trabajo... y todos ganaríamos.

—Resultaría un poco caro, Budd. Al menos deberíamos tener media docena de televisores en constante funcionamiento, con otras tantas chicas... y aquí, en Nueva York, hay televisión las veinticuatro horas del día. No sabemos si el número de suscriptores cubriría los gastos y me fastidiaría mucho empezar algo que luego debería ser suprimido a los pocos meses.

—Bueno, de momento puedes empezar un estudio sobre el tema. Ya te he dicho que es una idea, no una decisión. Y ahora, por favor, ¿tienes la grabadora conectada?

—Desde luego. ¿Qué quieres?

—informes sobre Thompson K. Eggles, abogado; Jackson Stanley Rowan, investigador, fallecido en enero de este mismo año, y W. T. Forrestyne.

—¡Forrestyne! —se sorprendió Gray.

—El mismo —confirmó Baxter con amplia sonrisa.

—Budd, deja a ese hombre en paz...

—Lo que haré será dejar el televisor conectado en automático,

con una cinta virgen. Cuando tengas todos los informes, grábalos en video y envíalos directamente al número dos. ¿Entendido?

—Sí —contestó Gray—. Forrestyne, el hombre sin rostro.

—Sin rostro —repitió Baxter, meditabundo—. ¿También sin alma?

—No me extrañaría en absoluto —dijo Gray—. Está bien, tendrás los informes lo más pronto que me sea posible.

Cuando salió del cuarto de comunicaciones, se fue al baño. Después se sentó a desayunar.

—Tim, no sé cuándo regresaré hoy —dijo—. Tengo que visitar a un amigo. Luego iré al gimnasio; llevo una semana sin practicar.

—Muy bien, señor.

Baxter sonrió.

—Cuando regrese, quizá me sorprendas con uno de tus ataques —añadió.

El criado hizo un gesto con la cabeza.

—No hay nada ya en este mundo que pueda sorprender al señor —dijo, sentenciosamente.

—En eso te equivocas, Tim. Cada persona es un mundo de sorpresas. Yo mismo pienso dar una a alguien que no se espera mi visita.

—Si es mujer, llévese el frasco de sales —aconsejó Koye maliciosamente.

* * *

La persona a la que Baxter pensaba visitar no estaba en su lugar de trabajo, cosa que, en medio de todo, le alegró considerablemente. Baxter fue informado de que aquella persona ya no regresaría hasta el día siguiente, aunque se suponía que por la noche estaría ya en su residencia particular.

A las ocho de la noche, Baxter, cargado con un monumental ramo de flores, llamaba a una puerta de madera oscura y brillante. Alguien atisbo un segundo por la mirilla y luego abrió.

—Pasa —dijo ella—. Voy a llamar al médico.

Baxter se alarmó.

—¿Estás enferma, Clara?

La mujer, treinta y dos años, pelirroja, de espléndida silueta, se echó a reír.

—Me refería al psiquiatra. Debes de estar loco, para venir a verme. De otro modo, no se comprende tu visita.

Baxter contempló, unos segundos, la figura de Clara Maine. Era quizá más alta que él, incluso sin tacones, con la estampa de una verdadera walkyria. Baxter sabía que Clara podía haber obtenido ventajosos contratos para el cine, pero, pese a su apariencia un tanto

frívola y despreocupada, poseía una mente privilegiada y una capacidad de estudio e investigación poco común.

— El trabajo, nena, el trabajo —suspiró—. También tú tienes el tuyo, me parece. Fui a tu despacho y me dijeron que estabas ausente.

—Acompañé al director a Washington. Asuntos de la Defensa Nacional —explicó ella—. ¿No quieres una copa?

—Dos, Clara. Oye, futuro premio Nobel de Química, ¿te he dicho que estás más guapa que nunca?

—No me adules, especie de pequeño canalla. Si eso que dices, lo pensaras sinceramente, no te habrías pasado más de un año sin traerme flores.

—Ibas a casarte con Harry Madigan, Clara.

—El asunto fracasó. Cosas que pasan.

—Sí, claro. Parecía un buen chico. Te hubiera convenido mucho —dijo Baxter, entre sorbo y sorbo de la copa que tenía en la mano.

—Si lo dices por Tony Maine, ya lo he olvidado, dentro de lo que cabe. Una no puede vivir eternamente pensando en los muertos.

—Eso es muy cierto. —Baxter sabía que Clara había enviudado muy tempranamente, hacía seis o siete años ya, pero aún no había vuelto a casarse—. ¡Escucha, premio Nobel en potencia!, voy a darte una sorpresa.

Baxter metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un trozo de algo que parecía vidrio.

—¿Qué es eso? —preguntó Clara, intrigada.

—*P-10.*

Ella arqueó las cejas.

—*P-10* —repitió—. He oído hablar de ese superplástico, pero sólo rumores...

—Aquí tienes una muestra. Analízalo en cuanto puedas. Ya me comunicarás el resultado de tu trabajo. Con la factura consiguiente, por supuesto.

Clara sopesó el fragmento de plástico.

—Si es tan bueno como se rumorea... será una revolución en todos los sentidos — dijo, pensativamente. De pronto, miró a su visitante—. Pero ¿qué demonios tienes tú que ver con este asunto? —exclamó, muy intrigada.

—Ya te lo contaré, preciosa. ¿Cuándo puedo llamarte?

—Me parece que esa llamada va a tardar mucho, señor Baxter.

* * *

Había dos hombres en la puerta, ambos armados con sendas pistolas. Los dos individuos habían entrado sin dejarse notar, hasta que uno de ellos había pronunciado la frase que atrajo la atención de Clara y su visitante.

Clara emitió un pequeño chillido de susto. Baxter extendió la mano izquierda.

—Calma —dijo—. Estoy seguro de que los caballeros no quieren causarnos el menor daño. ¿No es así?

—Cierto —confirmó el que había hablado en primer lugar—. Todo irá bien, si me entregan esa cosa que la señora Maine tiene en la mano.

Baxter apreció que los dos individuos le resultaban desconocidos. En un principio había llegado a pensar que podían ser Dyle y Brucker, pero estimó que estaban destinados a empresas de mayor envergadura.

—Dáselo, Clara —dijo.

—Pero... no tienen derecho... —protestó la joven.

—Tienen dos pistolas —sonrió Baxter.

—El caballero acaba de decir una gran verdad —dijo el pistolero que llevaba la voz cantante—. Por favor, señora Maine.

Clara cedió al fin y lanzó el trozo de plástico, que fue atrapado al vuelo por el otro pistolero. Su compañero sonrió cortésmente.

—Ha sido una labor muy fácil, señor Baxter. Gracias por su cooperación... y que la señora Maine le haga olvidar el mal trago. ¡Vámonos, tú!

Los dos hombres retrocedieron sin perderles de vista. De pronto, el primero se detuvo.

—¡ Ah, señor Baxter! Un consejo que debe tomar como de un sincero amigo: olvídese de todo esto. Bórrelo de su mente como si jamás hubiera sucedido.

Baxter no contestó. Sonreía levemente cuando la puerta se cerró sin ruido.

Clara dio un paso, pero él extendió el brazo.

—No te muevas —dijo.

A los pocos momentos, se oyó el ruido de un coche que arrancaba velozmente. Baxter se relajó.

—Otra copa nos vendría bien, Clara —sugirió.

—¡Miserables! ¡Se han llevado algo que no tiene precio! ¡Vale más que si fuese un diamante! —protestó ella Indignadamente.

Se acercó a la consola y llenó las dos copas. Cuando Iba a coger la suya, algo cayó junto a la botella.

—¡Budd! —chilló la joven.

Baxter sonreía maliciosamente.

—Estoy prevenido —dijo—. Incluso, si te quitaran esta muestra, tengo otro trozo muy bien guardado.

Clara contempló arrobada el fragmento de plástico, que no medía más de cinco centímetros de lado por cuatro de ancho.

—Eres... astutamente Infernal.

—Yo diría infernalmente astuto, pero no tengo nada de demonio —corrigió él.

Clara le dirigió una larga mirada.

—Los trabajos de análisis pueden durar algunos días —dijo.

—Pagaré la minuta de honorarios —aseguró él.

—Para ti, será gratuita.

—Muy agradecido, hermosa. ¿Qué me dices del *P-10?*

—Si son ciertas todas sus virtudes... Budd, este asunto es más serio de lo que parece. Por lo que he oído, hay gente que pagaría toneladas de oro por poseer la fórmula. Un caso de gran envergadura, ¿comprendes?

—Sí, tengo noticias al respecto. SI no tienes prisa, te contaré la historia, al menos, en la parte que yo conozco. Es un poco larga, Clara.

—No tengo prisa —sonrió ella.

Baxter dejó la copa a un lado.

—Ese hombre, me refiero al pistolero que llevaba la voz cantante, dijo algo que me ha Impresionado mucho —murmuró.

—¿Qué, Budd?

—Dijo que tú deberías ayudarme a pasar el mal trago.

—Bueno, no sé cómo...

Baxter avanzó hacia la joven y pasó los brazos en torno a su esbelta cintura.

—Si me lo permites, te lo explicaré detenidamente. Además, creo que a ti te conviene, también, olvidar el susto.

—Estoy segura, Budd. Pero luego me contarás...

—Hay tiempo para todo, hermosa —dijo Baxter, a la vez que buscaba ávidamente los labios de Clara Maine. La respuesta que recibió silenciosamente ardiente, le convenció de que, efectivamente, ella le haría olvidar el mal trago de unos minutos antes.

Aunque, por supuesto, no pensaba olvidar por completo el asunto referente al maravilloso *P-10.*

CAPÍTULO IV

Baxter estaba arrodillado, casi sentado sobre sus talones. Detrás de él, un hombre, sujetando con ambas manos un *Nunchaku,* arma compuesta por dos bastones de durísima madera, de unos cuarenta centímetros de lado, unidos por los extremos más finos, ya que tenían un trazado troncocónico muy alargado, por miedo de una doble correa de cuero, delgada, pero resistente. Los dos bastones que componían el *Nunchaku* estaban situados a ambos lados de su cuello, sujetos por las manos de un individuo que se hallaba en pie, a sus espaldas, haciendo presión con ambas partes de aquel arma oriental. Baxter, por su parte, había elevado ambos brazos sobre su cabeza, en un desesperado intento de romper la presa.

Súbitamente, se oyó un grito:

—¡Suelte a ese hombre o disparo!

Tim Koye respingó. Baxter se puso en pie de un salto y giró en redondo.

—Pero... ¡si es Piel de Melocotón! —exclamó.

Elynor Rowan se hallaba en pie, a unos pasos de la puerta de la sala, con un pequeño revólver en la mano derecha. Su rostro aparecía encarnado por la indignación, a la vez que sus senos subían y bajaban rápidamente con los vaivenes de una respiración muy alterada.

—Vamos, Budd, llamé a la policía...

Baxter se echó a reír.

—Tim, creo que a la señorita Rowan le conviene un refresco. Elynor, le presento a mi fiel Tim Koye. Y guarde ese cacharro; lo que ha visto no era un ataque, sino un entrenamiento en determinado aspecto de las Artes Marciales Orientales.

Ella tenía la boca abierta, terriblemente sorprendida por el desliz.

—He metido la pata —dijo.

—Alguien más la ha metido en esta casa. La puerta no estaba cerrada debidamente —dijo Baxter, a la vez que miraba de reojo a su criado.

—El señor hace muy mal en mirarme de tan mala forma. El señor olvida que fue él quien recibió al mensajero que le traía un telegrama.

—Retiro mi reproche y te pido perdón, Tim —sonrió Baxter—. La señorita Rowan, sin duda, apreciará mucho una taza de café.

—Sí, señor.

Baxter contempló unos instantes a la inesperada visitante. Elynor vestía, ahora, un trajecito veraniego, estampado en vivos colores, muy ajustado a su espléndida silueta, sin mangas y con la falda a quince centímetros arriba de las rodillas, lo que permitía ver unas piernas realmente preciosas. Los pies se calzaban con zapatos de medio tacón y eran de un color a juego con el bolso.

—Venga por aquí, muchacha —dijo, a la vez que tiraba de su brazo derecho—. Confieso que su visita me sorprende enormemente, pero me gusta mucho más. ¿Tiene algo que contarme?

—Por supuesto —dijo Elynor, después de sentarse en el diván—. He venido a cancelar mí deuda.

Abrió el bolso y sacó un sobre, en el que habla algunos billetes.

—Pero usted no me debía nada —alegó Baxter.

—Pagó la cuenta del hotel. Ahora, yo tengo dinero y le devuelvo el préstamo.

—Bien, si se considera desde ese punto de vista...

—No me gusta deber nada a nadie, excepto gratitud por favores amistosos y hechos sin ulteriores intenciones.

—Habla usted maravillosamente. Pero, dígame, ¿qué hace en Nueva York?

—Vine a verle, simplemente. Estaré unos días y luego me marcharé...

—Elynor, cuando nos separamos, usted estaba en la ruina —recordó Baxter—. ¿De dónde ha sacado el dinero?

—Vino a verme el albacea testamentario de mi padre. Por lo visto, hay una patente que produce algún dinero, por *royalties,* y me dio un cheque de casi veinticinco mil dólares.

—No está mal. Dígame una cosa, Elynor: ¿Ha averiguado ya quién vació su laboratorio?

—No, en absoluto. Bueno, si se refiere a la identidad de los ladrones, no lo sé. El camión pertenecía a la McGinnis Truck, de Nueva Jersey, es todo cuanto puedo decirle.

—Averiguaré algo —dijo él, en el momento en que Koye entraba con el servicio de café—. ¿Ha vuelto a saber algo de Eggles?

—No —respondió la chica—. Yo sospecho que ya tenían todo planeado, es decir, el traslado de lo que había en el laboratorio. Lo único que les faltaba era conseguir mi firma, pero, al negarme, se marcharon con el dinero...

—Y con la máquina de hacer salchichas —sonrió él.

—Así es. De todos modos, pensaban llevársela, con o sin mi aquiescencia. Y ahora, ese demoníaco Forrestyne, el hombre sin rostro, será el dueño del *P-10*...

—Algunos dicen que es hombre sin alma.

—Es cierto. Tal vez lo digan porque, incluso, se duda de su existencia. Hace muchísimos años que nadie lo ha visto, salvo sus más íntimos... A veces se dice que ese pequeño grupo sigue manteniendo la ficción de la existencia de Forrestyne, para continuar dirigiendo sus enormes intereses.

—Y seguir siendo uno de los más poderosos grupos de presión que el mundo ha conocido jamás —dijo Baxter pensativamente, mientras recordaba los informes recibidos de su agencia.

—Ese poder se reforzaría enormemente si llegasen a fabricar el *P-10* industrialmente —aseguró Elynor—. Imagínese la cantidad de cosas que se pueden hacer Con ese nuevo plástico: incluso armas de fuego.

Baxter saltó en su asiento.

—¿Cómo?

—Dada la dureza del material, en un revólver, por ejemplo, no entraría otro elemento distinto del *P-10* que la pólvora. Todo, todo, desde el cañón a la culata, y los cartuchos y los proyectiles, y hasta los fulminantes serían de *P-10.*

—Un proyectil de plástico...

—Bud, al que le disparan un tiro o una ráfaga de ametralladora, la clase de proyectiles le importan un pito. El mismo daño hace un proyectil corriente, con núcleo de plomo y envuelta de cobre y níquel, que uno de *P-10.* Ciertamente, el desgaste del ánima rayada del cañón sería mayor que en un arma de metal convencional, pero esto quedaría compensado por la mayor baratura de su fabricación, que reduciría los costes a una cuarta o quinta parte, sin contar con la reducción de peso, factor nada desdeñable, sobre todo, en el equipo de un soldado. —Elynor abrió el bolso, sacó el revólver y lo hizo saltar en la palma de la mano—. Esto debe de pesar unos novecientos gramos. Imagínese, fabricado en *P-10* su peso no llegaría a los cuatrocientos gramos. ¿Eh?

Baxter empujó el arma hacia el bolso.

—Todos los inventos se realizan, en su origen, para beneficiar a la Humanidad, pero acaban en su perjuicio —dijo, casi de mal humor —. ¿Por qué no pensar en objetos útiles que representen ventajas en lugar de daños para los hombres?

—Lo siento, Budd, la gente es así...

—Desgraciadamente —rezongó él. Suspiró—: Bien, como, por ahora no podemos mejorar las cosas, dígame qué le parecería cenar esta noche conmigo.

—Me encantará —respondió ella con ojos muy brillantes.

—Dígame dónde se hospeda y estaré a la puerta a las siete en punto.

Elynor citó el nombre de un hotel. Baxter levantó las cejas.

—Le gusta vivir bien —comentó.

—Tengo dinero —respondió ella.

—¿Y cuando se acabe?

—Buscaré trabajo. Trabajar no me asusta en absoluto, Budd.

—Lo celebro infinito, Elynor.

La chica se marchó a los pocos momentos. Baxter quedó de pie en el centro de la sala, en actitud meditabunda. Koye apareció en la puerta que comunicaba con el interior del apartamento.

—Observo muy pensativo al señor —dijo.

Baxter se volvió.

—Más que pensativo, disgustado —contestó—. A veces pienso si no sería mejor que una gran bomba hiciera pedazos este mundo asqueroso.

—¡Caramba, señor! Si es así, que sea mañana; esta noche tengo una cita con una chica muy bonita.

Baxter se echó a reír.

—No me hagas caso, Tim; me han dicho algo que me ha puesto de mal humor. —De pronto, llamaron a la puerta y agitó una mano—. Haz el favor de abrir, Tim.

—Bien, señor.

* * *

El visitante era un hombre joven, robusto, más alto que Baxter y un par de años mayor que él. Baxter se sorprendió mucho de la visita de Ed Hayes, antiguo condiscípulo suyo en la Universidad y al que, si hacía algún tiempo no veía, había apreciado siempre, sin que la amistad que los unía se hubiese enfriado por la falta de contactos.

—Vengo a pedirte un favor, Budd —dijo Hayes.

—Todo lo que esté en mi mano, Ed —respondió Baxter.

Hayes levantó el índice.

—Lo primero que debes saber es que todo cuanto te diga es absolutamente confidencial. Debes prometerme no repetirlo a nadie jamás, ¿entendido?

—Prometido, Ed…, pero no me asustes. ¿Tiene esto algo que ver con tu trabajo?

—Sí.

Baxter sabía que Hayes pertenecía a un alto organismo gubernamental, una agencia coordinadora de los distintos servicios de seguridad de la nación, aunque desconocía más detalles. «Ni maldito que me importa», pensó.

—Está bien —continuó Hayes—. Tenemos vagos informes de una conspiración para asesinar al presidente. Los datos obtenidos hasta ahora no son demasiados. El atentado, sospechamos, tardará todavía algún tiempo. Pero se realizará de una forma distinta a la

habitual. No habrá un fusil en una ventana, como en el caso Kennedy, ni un tipo que rompe el cordón de seguridad y le abrasa la cabeza a tiros... En fin, si no lo averiguamos, tenemos la impresión de que los conspiradores conseguirán sus propósitos.

—Ed, eso me disgusta sobremanera, pero ¿qué diablos puedo hacer yo para ayudarte?

—Las primeras sospechas se centran en una mujer llamada Charlotte o Carla Thaite. Tenemos ciertos informes de ella, pero quizá tú puedas proporcionarnos datos que desconocemos. A fin de cuentas, tienes una agencia de recortes de Prensa, ¿no?

—Así es, Ed.

Hayes miró a su alrededor.

—Esto no da idea precisamente de una oficina —dijo.

Baxter se puso en pie.

—Ven —dijo.

Hayes se quedó pasmado cuando vio que parte de la pared se deslizaba a un lado. Su asombro, sin embargo, subió de punto, cuando contempló el interior del cuarto de comunicaciones.

—¡Diablos! —exclamó—. Esto parece el decorado de una película futurista... el puente de mando de una astronave...

Baxter se echó a reír. Se acercó a la consola de control y presionó una tecla.

El rostro de Gray se hizo visible a los pocos segundos.

—Denis, por favor, informes sobre Charlotte o Carla Thaite — pidió—. Es urgente — recomendó.

—Está bien, ahora mismo empezamos. ¿Te lo grabo en *cassette*?

—Sí, será mejor. Envíalo al número tres. Aguardaré fuera.

—De acuerdo.

Hayes se sentía estupefacto.

—De verdad, Budd, ni siquiera nosotros disponernos de una cosa así —declaró.

—Tomo tus palabras como un elogio, pero te pasaré la factura. A un amigo, para un asunto privado, se lo haría gratis; pero si, como contribuyente, he de pagar mis impuestos, el gobierno debe pagar también mi trabajo.

Hayes se echó a reír.

—Tu factura se abonará sin rechistar. ¡Ah, por cierto!, aunque esté de servicio, aceptaré una copa —dijo

Más tarde, cuando su visitante se hubo marchado, Baxter se vistió para salir. Una hora después, se encontraba ante un sujeto de Unos cincuenta años, de rostro enérgico, llamado Vincent Banks y director de tráfico de la McGinnis Truck.

—De modo que usted quiere saber el destino de un camión que fue a recoger una carga a Point Seminóle el día veintidós de mayo.

—Sí, a menos que los estatutos de la empresa impidan dar información a particulares, señor Banks.

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—Tampoco tenemos nada que ocultar —respondió—. Nos extrañó que alquilasen el vehículo para ir a un lugar tan alejado, pero, puesto que pagaron el flete por adelantado, a reserva de ulteriores gastos imprevistos, no podíamos negarnos. El camión fue, en efecto, a Point Seminóle y llevó la carga a Nueva Jersey, West End Road, 1312.

—Una pregunta más, señor Banks. ¿Cómo se llama la persona que alquiló el camión?

—Hunt Dyle, señor Baxter.

CAPÍTULO V

El número 1312 de West End Road estaba prácticamente en pleno campo y era una posesión rodeada por una alta tapia de manipostería, protegida por agudos pinchos de hierro, situados cada veinte centímetros o quizá menos. Las puntas metálicas, sin embargo, estaban sujetas por el cemento del borde superior. La propiedad parecía tener muchos años. «Era un dato que debía tener en cuenta», pensó Baxter mientras contemplaba la tapia con ojos críticos.

Al otro lado sólo se veía el tejado y el borde superior de las ventanas de un edificio bastante grande. Baxter pensó que, mientras no tuviese un mejor observatorio, no conseguiría ver nada positivo.

En el coche tenía guantes de conducir. Después de ponérselos, dio la vuelta a la tapia y se situó en el lado opuesto a la carretera. Tomó impulso, saltó y se agarró a dos de las puntas, asiéndolas por el sitio más próximo a la base.

Así, suspendido, pudo examinar a placer el interior de la propiedad a la que había sido llevado cuanto contenía el laboratorio de Rowan. Al cabo de unos minutos, se soltó y caminó hacia su coche, prometiéndose volver a una hora menos conspicua.

Consultó el reloj. Eran las dos de la tarde. Aún tenía tiempo de visitar a Clara Maine. Hacía ya algunos días que le había entregado la muestra de *P-10,* pero ella no había dado señales de vida. Hasta la hora de su encuentro con Elynor, tenía tiempo sobrado de ver a su hermosa amiga.

A las cuatro llamaba a la puerta de la casa de Clara. Nadie le contestó. Sintió extrañeza, ya que había hablado con los laboratorios donde investigaba y le habían dicho que Clara no había acudido aquel día a su trabajo.

Insistió de nuevo. En vista de que no recibía respuesta, hizo girar el pomo.

—¡Clara! —gritó, al cruzar el umbral.

El apartamento estaba sumido en un completo silencio. Baxter se sintió de repente acometido por un tétrico presentimiento.

Llegó al dormitorio. Clara estaba allí.

Yacía sobre la cama, completamente desnuda, con los brazos cruzados sobre el pecho que ya había dejado de latir. Entre los senos se veía un puñal hundido en la carne, hasta la empuñadura.

Había muy poca sangre sobre aquella piel que ya tenía la lividez

de la muerte. A Baxter le extrañó sobremanera el detalle.

Trato de sobreponerse a la terrible ira que le había acometido. De haber tenido en aquel momento al asesino en sus manos, lo habría estrangulado sin piedad.

Era un crimen sádico, advirtió. Después de morir, Clara había sido despojada de todas sus ropas y puesta sobre la cama. El puñal, antes que la carne, atravesaba un papel.

Baxter se acercó y leyó el mensaje escrito con gruesos caracteres rojos sobre la blanca superficie:

«Esto es un aviso. Olvídese del *P-10.*»

Las facciones de Baxter estaban profundamente contraídas.

—Ahora es cuando menos puedo olvidarme del *P-10* —murmuró, mientras se inclinaba para arrancar el papel con todo cuidado. Aquello, se dijo, era algo que no debía ver la policía.

* * *

—Le veo muy disgustado —observó Elynor, después de que Baxter hubo encargado la cena.

—Han asesinado a una buena amiga mía —contestó él—. Era la doctora Maine. Yo le entregué un fragmento del *P-10* para que lo analizase. Alguien lo supo y le cerró la boca para siempre.

Elynor palideció.

—No puedo creerlo...

—La sorprendieron en su casa. Primero le dispararon un tiro al corazón. Después la desnudaron y la pusieron sobre la cama, tras contener la hemorragia y lavar de su cuerpo todas las manchas de sangre. Luego clavaron un puñal sobre el orificio abierto por el proyectil. El puñal servía para sujetar un mensaje.

—Voy a marearme... —gimió la chica.

Baxter le señaló el martini que habían pedido como aperitivo.

—Tome un trago— aconsejó.

Elynor bebió apresuradamente. Con ojos afligidos miró al hombre que tenía frente a sí.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó.

—Se lo enseñaré más tarde. Aunque el asesino debió de esperar un buen rato, aún brotó algo de sangre de la herida y el papel está manchado parcialmente de sangre. Por supuesto, se refiere al *P-10.*

—Es horrible... horrible... Yo nunca me imaginé que esto derivase en un crimen... Aunque bien mirado, jamás he creído que la muerte de mi padre fuese un accidente.

—¿De qué murió, Elynor?

—Le picó una serpiente mocasín. El laboratorio estaba muy bien protegido contra los reptiles, siempre que no fuesen caimanes o cocodrilos. Mi padre había instalado una red de baja frecuencia, que

repelía instantáneamente a las serpientes y a los insectos. Yo vi el funcionamiento en más de una ocasión y era infalible: Pero la serpiente entró en el laboratorio y le picó… según la versión de la policía.

—¿Cuál es la suya, Elynor?

—Le hicieron salir fuera y le arrojaron el reptil a la cara. Budd, si la serpiente le hubiera mordido dentro del laboratorio, la picadura habría aparecido en una pierna y no en el pómulo izquierdo.

—Ya entiendo. Por descontado que nadie encontró al asesino.

Ella hizo un gesto negativo.

— El asesino importa menos que la mano que lo pagó. Y esa mano está en Suiza.

—¿Se refiere a Forrestyne?

—Sí. ¿Quién otro podría ser?

De pronto, sonaron unos aplausos. Un presentador apareció en el pequeño escenario y anunció la actuación de Carla Thaite, a la que dedicó un montón de rimbombantes elogios. Baxter arqueó las cejas, sorprendido, porque no se le había ocurrido pensar que el restaurante elegido tuviese atracciones. «Debía de haberse modernizado», pensó; hacía ya bastantes meses que no acudía a aquel local y ello explicaba la novedad.

Carla apareció en el escenario.

—¡Qué desvergonzada! —se escandalizó Elynor.

Baxter sonrió. Ciertamente, la vestimenta de la cantante se reducía a unos minúsculos trocitos de tela del color de la piel, dos de los cuales eran circulares y se hallaban situados en el pecho opulento. Carla Thaite era guapa, aunque de facciones un tanto bastas. Sin embargo, no se podía negar que su figura poseía un fuerte atractivo sensual.

De pronto, Baxter se puso serio. El espléndido cuerpo que contemplaba le recordó otro que ahora yacía sobre las frías losas de la *Morgue* y que días atrás había tenido en sus brazos. Bebió un trago de champaña, pero el líquido le supo a cenizas amargas.

No obstante, supo mantener cierta serenidad. Elynor, después de volver la espalda al escenario, dijo:

—Estábamos hablando de Forrestyne, Budd.

—Sí. Reside en Suiza…, y es muy probable que pronto atraviese yo el Atlántico para hacerle una visita.

—No recibe a nadie.

—Lo sé.

—Perderá el tiempo y el dinero.

—Elynor, una buena amiga mía ha sido asesinada. Ahora, más que nunca, estoy empeñado en saber quién ha sido la mano que pagó al asesino. Por tanto, he de averiguar si Forrestyne sigue vivo o es sólo

un mito que alguien se empeña en mantener, para evitar la desintegración de sus numerosas empresas.

—Sospecho que no voy a poder disuadirle de su empeño —dijo la chica.

—Ni lo intente siquiera —respondió Baxter, firmemente.

* * *

—¿Por qué no nos vamos a casa? —preguntó Elynor, extrañada.

Él coche se hallaba estacionado en la acera situada frente al restaurante. Baxter y la chica permanecían en su interior desde hacía un buen rato.

—Quiero seguir a la Thaite —respondió él.

—¿Por qué?

—Tema prohibido. No tiene relación con el *P-10.*

—Espero que diga la verdad. No me gustaría estar aquí, haciéndole compañía, mientras usted trata de seguir a esa pájara para conquistarla.

—No sea recelosa, mujer. Se trata de otro asunto, pero no estoy autorizado para revelarlo. En cambio, luego le propongo una excursión.

—¿A éstas horas? ¿Adónde?

De repente, Baxter movió un brazo.

—¡Calle!; ahí sale.

La cantante había aparecido en el callejón lateral, donde se hallaba la salida de artistas y empleados. Un hombre se acercó a ella.

Carla y el individuo charlaron unos instantes. Luego, los dos se dirigieron hacia un coche que se hallaba junto a la acera.

La luz de un farol cercano dio de lleno en la cara del hombre. Baxter se puso rígido. —¡Demonios, si es...!

—Hunt Dyle —corroboró Elynor—. Conque no tenía que ver con el *P-10,* ¿eh?

La mente de Baxter funcionó con vertiginosidad. Durante unos segundos se sintió tentado de seguir al coche en que viajaba la artista, pero rectificó de inmediato. —Haremos la excursión —decidió.

—Aún no me ha dicho adónde vamos —se quejó ella.

Baxter la miró un instante. Elynor vestía traje largo.

—La acompañaré a su hotel. Usted subirá a su habitación y se cambiará de ropa en cinco minutos. Póngase una blusa o un *pullover* oscuro y pantalones negros.

—No tengo pantalones negros; sólo unos téjanos...

—Téjanos —aceptó Baxter, a la vez que hacía funcionar la llave de contacto.

En cuanto a Carla Thaite, hablaría con ella en otra ocasión. Ahora le interesaba más averiguar datos de la finca a la que había sido

trasladada la maquinaria e instrumentos de laboratorio, pertenecientes al difunto doctor Rowan.

Elynor, en efecto, tardó sólo cinco minutos en cambiarse de ropa. Baxter arrancó de nuevo apenas se hubo sentado ella a su lado. A los pocos instantes, le hizo una pregunta:

—¿Qué tal gimnasta es usted?

—Muy corriente, más bien mala.

—¿No sabrá trepar por una escala de cuerda?

—Hombre, tanto como eso... ¿Es que vamos a asaltar una casa? —se alarmó la chica. —Vamos a asaltar la propiedad donde está la máquina de hacer salchichas.

Elynor se hundió en el asiento.

—Conque era eso —murmuró—. ¿Cómo lo ha averiguado?

—Usted me dio el nombre de la agencia de transportes, yo hablé con su director de tráfico y él me informó del punto de destino del camión. Elemental, preciosa.

—Muy elemental, aunque a mí no se me hubiera ocurrido, lo confieso. Oiga, Budd, quiero hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—¿Qué es usted? ¿Qué hace? ¿A qué se dedica? ¿Es un *play-boy* millonario? —Elynor, eso es un montón de preguntas, pero resumiré las respuestas en una sola: Soy un príncipe oriental, cargado de riquezas, que sólo desea ayudar a una chica desvalida con la ayuda de su magia todopoderosa. ¿Satisfecha?

—No, pero si usted lo dice así, tendré que contentarme con la explicación — respondió Elynor desenvueltamente.

* * *

La tapia se alzaba a tres metros sobre sus cabezas. Elynor vio los pinchos a la luz de la luna y torció el gesto.

—No podremos pasar —dijo.

—Voy a darle un consejo, chica. Cuando tenga una propiedad y la cerque con una tapia, mantenga constantemente a punto los sistemas de protección.

—¿Qué quiere decir, Budd?

—Ahora lo verá.

Baxter se había puesto guantes en las manos, con las que sostenía una escala de cuerda. Tomó impulso y lanzó la escala hacia arriba. El primer peldaño quedó enganchado en una de las puntas de hierro. Hizo una prueba; la punta resistía.

Empezó a subir. Cuando estuvo a la altura suficiente, agarró el pincho contiguo y lo movió a un lado y otro con la mano. A los pocos minutos, Elynor oyó un leve chasquido.

El hierro cayó al suelo. Entonces, Baxter, ya con espacio

suficiente, se puso a caballo sobre la tapia y arremetió contra la siguiente punta.

Todavía quitó una tercera. De este modo, tenía un espacio libre de casi un metro.

—Para una posible retirada rápida —dijo, cuando Elynor estaba ya al otro lado.

—Ahora comprendo su consejo de revisar los sistemas de protección —murmuró ella—. ¿Cómo no han asegurado mejor, algo tan valioso?

Baxter se encogió de hombros.

—Eso es lo de menos, ahora. Lo importante es que estamos dentro —respondió—. Vamos.

El interior del recinto, más que un jardín, parecía un parque, a juzgar por su extensión. Baxter observó que había un trozo completamente despejado, sin otra cosa que césped. Pero su atención estaba centrada en la casa, en la que no se veía ninguna luz.

Avanzaron en silencio. Al cabo de unos momentos, llegaron a la fachada principal. Baxter se acercó a una de las ventanas. Había llevado consigo una linterna y proyectó el haz de rayos luminosos a través del cristal.

Apenas un par de segundos más tarde, Elynor le oyó hacer una exclamación de asombro:

—¡La casa está vacía!

CAPÍTULO VI

Un cuarto de hora más tarde, se reunieron en el vestíbulo, desnudo por completo de todo elemento de decoración. En el interior del edificio, no había ningún mueble. Baxter se preguntó si no habría sido engañado por Vincent Banks.

Pero el director de la McGinnis Truck parecía un hombre serio y ponderado. A Baxter le costaba mucho creer en una mentira.

—No entiendo —dijo—. Si trajeron aquí todos los materiales, ¿dónde están?

De pronto, se oyó un extraño ruido.

Baxter se precipitó hacia la puerta. Una luz anaranjada chispeaba sobre su cabeza.

El ruido se acentuó. Junto a la luz de color, se encendió un potente reflector, que iluminó el sector vacío del parque. Entonces, de repente, Baxter lo comprendió todo.

—Tenemos que escondernos —dijo Elynor, a la vez que tiraba de su brazo.

El helicóptero tomó tierra y el piloto paró el motor y apagó las luces. Baxter se dio cuenta de que esperaba a alguien.

—Elynor, quédese aquí —dijo.

Antes de que ella pudiera decir nada, el joven echó a correr cautelosamente. Dio un gran rodeo y se acercó al helicóptero por el lado opuesto al del piloto.

El hombre fumaba un cigarrillo, plácidamente. De pronto, dos manos agarraron su cuello y tiraron de él con fuerza. Intentó debatirse, pero la presión era muy fuerte y perdió el conocimiento a los pocos segundos.

Baxter arrastró el inanimado cuerpo del piloto para dejarlo al otro lado de un seto. Luego regresó al aparato y se sentó en el asiento del piloto.

No tuvo que aguardar mucho. Escasamente cinco minutos más tarde, se abrió el portón y un coche, con los faros encendidos, rodó lentamente, hasta situarse en las inmediaciones del helicóptero.

Dos hombres se apearon del automóvil. Uno de ellos agitó la mano.

—Puedes volverte, Sam.

—Está bien.

El automóvil viró en redondo y se alejó con rapidez. Los dos

sujetos se acercaron al aparato.

—Estamos listos, Dodds —dijo el primero que había hablado.

—¿Adonde los llevo, amigos?

Hubo un momento de sorpresa. Luego, de súbito, sonó un grito:

—¡Es él!

Los dos sujetos retrocedieron, disponiéndose a sacar sus pistolas. En el mismo instante, Baxter salió disparado del interior de la cabina.

Al salir, lo hizo dando una voltereta completa sobre sí mismo. Desde la puerta de la casa. Elynor contempló la escena completamente fascinada.

Le pareció que Baxter rebotaba como una pelota de goma. Después del fulgurante volteo, el joven se elevó en el aire casi dos metros, a la vez que extendía el pie derecho, para golpear con el tacón. Elynor se estremeció al oír un aterrador chasquido de huesos. El sujeto se desplomó instantáneamente. Ella no podía saber que Baxter había empleado un golpe de *Taekwondo* o karate volador, mortífero si se empleaba a fondo. El golpe denominado *Yop cha ki* había fulminado al pistolero.

Su compañero sacó la pistola. Baxter no le dejó utilizarla.

Con el brazo izquierdo, aplicó un *Haito uchi,* golpe en semicírculo horizontal, con lo que la mano de su adversario quedó desviada en el acto. Antes de que el sujeto pudiera reponerse, Baxter estaba casi detrás de él, haciéndolo girar ligeramente. Un segundo después, Baxter colocaba su brazo en torno al cuello del sujeto, quien ya tenía el torso inclinado. Con el sobaco presionaba la nuca del individuo, mientras que la tráquea quedaba constreñida por el borde radial del antebrazo de Baxter.

Era el *Ebi-garami, o* presa de langosta. Baxter se echó hacia atrás. El pistolero empezó a asfixiarse por su propio peso. Había perdido la pistola, pero tenía libre el brazo izquierdo, que agitó epilépticamente, como si pidiera tregua.

Entonces, Baxter metió el pie izquierdo y desequilibró a su adversario, haciéndolo caer de bruces. El cayó encima y agarró sus muñecas, tirando hacia atrás, como si fuera a descoyuntarle los brazos.

— Por favor… —gimió el individuo.

—Respetaré tu vida si contestas a mis preguntas. —Baxter puso la rodilla derecha a la altura de los riñones del pistolero—. Además de desencajarte los brazos, puedo partirte el espinazo.

—Hablaré…, pero yo no le puedo decir gran cosa…

—Por ejemplo, puedes decirme quién mató a la señora Maine.

—Tuvo que ser Dyle. O Brucker. Nosotros no lo hicimos. Se nos encargó únicamente que llevásemos la muestra de vidrio…

Baxter pensó que era muy posible que el sujeto dijese la verdad.

—Bien, ahora había venido un helicóptero para recogeros —dijo —. ¿Adónde os iba a llevar?

—No lo sé. Sólo puedo decirle que teníamos que quedar como vigilantes en alguna parte, pero no nos dieron más detalles.

—¿Quién os dio esa orden?

—Por teléfono… Supongo que serían Dyle o Brucker…

—¿Eran ellos los que decían lo que debíais hacer?

—Sí. No conocemos a ningún otro… Pagan bien, ¿sabe?

Baxter adivinó en el acto la verdad. Aquel tipo era un hampón, contratado solamente para determinados asuntos. Todo cuanto sabía no pasaba de Dyle o de Brucker, quienes, por estar en contacto con el abogado Eggles, sí podían tener mayores conocimientos de lo que sucedía.

—Está bien —dijo.

Soltó una de las manos del prisionero y le golpeó ligeramente en la sien derecha. El hombre perdió el conocimiento instantáneamente.

Baxter se puso en pie.

—Ya puede venir, Elynor —llamó.

La chica corrió hacia él.

—Es usted peor que un tornado —dijo—. ¿Están…? —Miró los dos cuerpos inmóviles con aprensión.

Baxter examinó el cuerpo del primer pistolero. El golpe de tacón le había hundido literalmente el rostro.

—Bueno, ellos no sabían adónde iban a ir, pero el piloto nos lo dirá —sonrió, a la vez que echaba a andar hacia el seto.

Segundos después, lanzaba una exclamación de sorpresa:

—¡Se ha largado!

—¿Qué dice, Budd?

Baxter se volvió hacia la muchacha.

—Lo dejé aquí, estoy absolutamente seguro —respondió—. Parece ser que el desmayo fue muy breve. Quizá despertó cuando me peleaba con esos dos sujetos. Pero no cabe duda de que saben hacer bien las cosas. Trajeron aquí sus máquinas y se las llevaron con el helicóptero, Dios sabe dónde.

—Entonces, debemos darlo por perdido —dijo Elynor con desaliento.

Baxter hizo un gesto negativo.

—Aún no es hora de alzar bandera blanca —contestó—. Pero, al menos, vamos a darles un pequeño disgusto.

Arrastró los dos cuerpos a prudente distancia del helicóptero. Luego recogió una de las pistolas. Tenía silenciador y perforó a tiros el tanque de combustible. Ely ñor, por indicación suya, había vuelto ya al coche.

Arrojó un fósforo y echó a correr. Cuando el automóvil arrancó,

conducido ahora por la muchacha, Baxter le señaló la dirección Norte.

—No debemos volver por el mismo camino —explicó

—Budd, hemos perdido la pista de lo que me robaron —dijo ella —. ¿Cómo piensa encontrarla de nuevo?

Baxter se recostó en el asiento y sonrió.

—El plan es secreto —respondió evasivamente.

* * *

Carla Thaite salió del edificio, caminó unos cuantos pasos y se acercó a la calle transversal. De pronto, un individuo de rostro repulsivo, vestido desastrosamente, le cerró el paso, con una navaja en la mano.

—Dame ese bolso, guapa, o te rajo la cara.

Carla se quedó sin aliento.

— E... esto es un robo...

—Sí —confirmó el ladrón.

Súbitamente, un hombre apareció a la entrada del callejón y se arrojó sobre el asaltante. Carla, atónita, presenció una rápida pelea. Un cuerpo humano voló por los aires, para chocar, luego, contra el duro asfalto. La navaja del ladrón quedó en el suelo.

Carla se sentía incapaz de decir una sola palabra. El ladrón se puso en pie y, cojeando, se alejó con rapidez de aquel lugar.

Baxter se descubrió galantemente.

—Señora, no sabe cuánto me alegra haberla librado de un contratiempo —dijo—.

¿Ha sufrido usted algún daño físico?

—Por fortuna, ha Intervenido usted muy a tiempo, señor...

—Evans, Bill Evans —dijo Baxter, dando el primer nombre que le vino a la mente—

Usted es la famosa Carla Thaite.

—No tanto, señor Evans —sonrió ella — . Soy una artista de quinta categoría

—Su modestia la eleva automáticamente a la categoría más alta, señora Thaite. Créame, me siento el hombre más feliz del mundo por haberle evitado un disgusto—. Baxter se descubrió de nuevo—. He tenido tantísimo gusto...

Carla extendió una mano.

—Aguarde, por favor —rogó—. ¿Va a marcharse así, sin más?

—Bien, usted debe retirarse a su casa y yo también. Francamente, no tengo la suficiente confianza para pedirle que me permita acompañarla...

—¿Por qué no? Con usted estaré completamente segura, señor Evans —dijo ella, haciendo aletear sus espesas pestañas—. Y me gustaría recompensarle de algún modo...

—Ya estoy pagado con saber que no ha sufrido daños, señora.

—Vamos, no sea tímido. —Carla se colgó repentinamente del brazo de Baxter—. ¿O es que sólo es valiente con los hombres y no se atreve a aceptar una copa de una mujer?

—Bien, si usted lo cree oportuno...

—Bill, permítame que le llame así, es usted encantador. ¿Por qué no llama a un taxi?

—Tengo mi coche muy cerca, señora Thaite.

—Si no me llama Carla, suspenderé la invitación.

—En tal caso, la llamaré por su nombre..., Carla. Es muy bonito, me gusta —dijo Baxter, mentalmente agradecido a la excelente comedla que había desempeñado Tim Koye.

Media hora más tarde, entraban en el apartamento de la cantante. A plena luz, Carla examinó críticamente a su Invitado.

—Usted engaña a la gente, Bill —dijo.

—¿Porqué?

—No se enfade, pero... parece un hombre corriente. Sin embargo, posee una fuerza poco común.

—¡Oh!, hago un poco de ejercicio a diario. Por otra parte, el ladrón era un tipo menudo y, además, lo pillé por sorpresa. Lo que he hecho yo no tiene mérito, se lo juro.

Ella rió suavemente.

—Mire, ahí tiene el bar —dijo—. Prepare un par de copas, mientras me arreglo un poco. Por cierto, Bill, ¿es usted casado?

—Pues... no. Nunca me he atrevido a decirle a una mujer... Bien, usted ya me entiende, ¿no?

Carla sonrió.

—Me encanta tu timidez, Bill —dijo.

Baxter sonrió para sus adentros. La comedla empezaba a dar sus frutos.

Carla salió minutos más tarde, ataviada con un espectacular salto de cama negro. A Baxter le pareció mucho más atractiva que cuando aparecía en el escenario prácticamente desnuda.

—Ca... caramba —dijo, fingiendo tragar saliva — . Eso... eso parece...

Carla onduló hacia él y le puso los brazos sobre los hombros.

—¿Qué es lo que parece, Bill?

— Bueno, una fotografía de una revista... Espere, necesito un trago...

Las manos de Carla se cerraron rápidamente por detrás de la nuca de Baxter.

—Ahora necesitas algo mucho mejor —dijo, a la vez que tiraba de la cabeza de Baxter hacia sí—. No seas tímido, cariño —murmuró con voz ardiente.

* * *

Baxter hizo una llamada telefónica al día siguiente.

—¿Te gustaría instalar micrófonos en casa de Carla Thaite? —preguntó a su amigo el agente del Servicio Secreto Presidencial.

—Lo hicimos una vez, pero lo descubrieron...

—Ahora están desprevenidos. Me he ganado la confianza de Carla.

—¡Demonios! —respingó Hayes—. ¿Cómo lo has conseguido?

—A las mujeres les gustan los hombres tímidos, Ed.

—Budd Baxter, tímido. Y el presidente es un marciano. ¡Ja, ja! —dijo Hayes, muy serio.

—Para ella soy Bill Evans. Bien, ¿qué contestas a mi proposición?

—Te daré un par de microemisores, fáciles de colocar y te indicaré los lugares más apropiados.

—Hay un sitio donde no pienso ponerlos.

—¿Cuál?

—Imagínatelo, tonto.

Hayes soltó una atronadora carcajada.

—Eres el mismísimo demonio. Oye, ¿qué tal la prójima?

—Ed, no querrás que te facilite detalles escabrosos. ¿O es que tienes inclinaciones torcidas?

—Bueno, bueno, muy pronto irá a verte un vendedor de Biblias que, además, querrá salvar tu alma. Empezará largándote un sermón...

—Y yo le escucharé afligida y respetuosamente. Muy bien, pero ahora tú tienes que pagarme este favor.

—He abonado la factura de tu agencia, Budd.

—Eso es aparte. Quiero que me informes el momento en que el abogado Eggles se disponga a hacer un viaje a Suiza. Sencillo, me parece.

—Eggles es el representante de Forrestyne...

—Celebro tu rápida comprensión. Gracias, Ed.

Baxter colgó el teléfono. Luego se arrodilló sobre sus talones y cerró los ojos, concentrándose profundamente en sí mismo.

A veces, hacía aquellos ejercicios de concentración, durante los cuales se aislaba tan completamente de cuanto le rodeaba, que al cesar en el ejercicio, le parecía haberse hallado muy lejos de su propio cuerpo. Baxter estimaba que la concentración le resultaba muy saludable y aparte de la relajación natural, le proporcionaba una agilidad mental que le resultaba enormemente útil en ocasiones.

Tim se asomó una vez, lo vio y se volvió a la cocina. Una hora más tarde, Baxter, completamente empapado en sudor, se levantó y fue al baño.

Cuando salió, Elynor aguardaba en el salón.

CAPÍTULO VII

—En vista de que la montaña no acude, he decidido yo acudir a la montaña.

Baxter entregó una copa a su visitante.

—Ah, ¿tenía que ir a verla?

—Me pareció lógico, ¿no cree?

—Pues a mí no me parece tan lógico, Piel de Melocotón.

—Budd, usted dijo que me iba a ayudar...

—Pero no mencioné la forma en que lo haría.

—Me defrauda —se quejó ella.

—Lo siento.

Elynor le miró recelosamente.

—Usted me oculta algo.

—Sí.

—¿No confía en mí?

—Elynor, éste es un juego mucho más peligroso de lo que usted se imagina. Mejor dicho, no se lo imagina siquiera. ¿No dijo que el albacea testamentario le había pagado veinticinco mil dólares por *royalties* de una patente de su padre?

—Sí.

—Ande, gásteselos en un viaje. Diviértase una temporada.

—Me está echando de Nueva York.

—Lo admito.

—Claro, le gusta esa pájara.

—¿Cómo?

—No trate de disimular, lascivo sujeto. Le vi anoche cuando se iba del brazo con esa zorra que, sin ropas, parece un saco de patatas y con ropas un buzo borracho y, además, tiene voz de grillo acatarrado.

Baxter frunció el ceño.

—Elynor..., usted me siguió anoche —dijo.

—Sí. ¿Resultó agradable la entrevista? Claro, si le gustan los fardos con zapatos de tacón alto...

De pronto, Baxter se sentó en una silla.

—Venga aquí.

Ella se le acercó, suspicaz. Baxter alargó una mano. Repentinamente, Elynor se encontró boca abajo, sobre las rodillas del joven. Una mano golpeó repetidamente el atractivo final de su espalda. Elynor chilló y pataleó, pero todos sus esfuerzos por librarse,

resultaron inútiles.

—¡No lo haré más! —prometió.

Baxter se puso en pie. Con el rostro encendido por la ira, agarró un diario y lo puso ante los ojos lacrimosos de la chica.

—Lea —dijo—. Entérese bien de la forma en que murió Clara Maine. ¿Quiere acabar como ella?

Elynor hipó un par de veces.

—Ya he leído los diarios... Budd, yo no me imaginé que esto podía ser tan... tan peligroso...

—Más que peligroso, es comprometido. Elynor, yo trato de ayudarla, pero no haga cosas que puedan echar el caso a perder. Usted, en algunos asuntos, es tan ingenua y se encontraría tan indefensa como un recién nacido. ¿Está claro?

Ella se frotó las posaderas, todavía doloridas por los golpes.

—Pega duro —se quejó.

—Se merecía una ración triple —gruñó él—. Además, qué diablos le importa a usted si me gustan o no los sacos de patatas?

—Bueno, es que esa gorda...

—No lo es, y aunque lo fuese, ¿preferiría que me gustasen los hombres?

—¡Budd, por favor! —dijo Elynor, colorada como una guinda.

De pronto, llamaron a la puerta. Koye salió del interior del departamento, pero Baxter movió una mano.

—Déjalo, Tim; yo recibiré al visitante.

—Bien, señor.

Baxter abrió la puerta. Al otro lado apareció un individuo vestido con negros ropajes, que tenía un maletín en una mano y un libro en la otra. El sujeto usaba sombrero también negro, con alas un poco anchas, y barba de regulares dimensiones, casi completamente blanca.

—¡Faz a los moradores de esta casa! —clamó—. Hermanos, vengo a traeros el mensaje de la palabra divina: «Yo soy el Señor, tu Dios. No adorarás a otros dioses», dijo Jahvé a Moisés, al entregarle el Decálogo... Hermano, ¿quieres escuchar la palabra del Señor?

Baxter se inclinó profundamente.

—Sé bien venido a mi humilde morada, mensajero de Jahvé —contestó.

Elynor miró a los dos hombres alternativamente. Sus mejillas se hincharon, hasta el punto de que parecían ir a explotar. Luego, de repente, con vivo taconeo, echó a andar hacia la puerta.

—Locos, están locos de remate —farfulló, mientras cruzaba el umbral cómo un torbellino.

* * *

Con la agenda en la mano, Baxter miró hacia la casa de anticuado aspecto, construida con ladrillos, frente a la cual se encontraba en aquellos momentos. La agenda no era suya; pertenecía al pistolero a quien había impedido un viaje en helicóptero. El hombre se llamaba Gus Dvorak, de indudable ascendencia centroeuropea. Pero si recordaba algo de sus orígenes, era evidente que había sido absorbido por el país en que vivía.

Al cabo de unos minutos, cruzó la calle. Momentos después, llamaba a una puerta.

Esperó muy poco. Alguien abrió, pero no estaba junto a la entrada, sino al fondo de una sala de relativa amplitud. Era un hombre de mediana estatura, algo más bajo que él y de rasgos netamente orientales.

—Bien venido, señor Baxter. La espera ha sido larga, pero en todo momento he tenido presente el viejo aforismo que dice que la alegría de la llegada del huésped compensa, en un instante, de mil días de espera.

Baxter dominó su sorpresa. El oriental, frente a él, había apoyado sus manos en los muslos y le hacía una reverencia.

—La alegría de ver al anfitrión hace olvidar en un instante todas las penas de mil días de viaje —contestó el joven, con no menor seriedad.

—Son unos proverbios que expresan claramente nuestros mutuos sentimientos. Por favor, ¿quiere cerrar la puerta, señor Baxter?

—Con mucho gusto. —El joven obedeció—. ¿Está prescrito que el visitante ignore el nombre de su anfitrión? —añadió.

—Soy Li-Wo y, en un segundo, va a conocer los motivos de mi presencia en esta casa, señor Baxter. Sencillamente, voy a matarle.

—Me gusta la franqueza, Li-Wo. ¿Quién le ha encargado de borrarme de este delicioso mundo de los vivos?

—La mano que empuña la espada queda fuera, cuando el acero penetra en la carne.

—¡Oh, una metáfora acertadísima! Dígame, Li-Wo, ¿dónde está el ocupante de esta casa?

El oriental hizo un gesto con la cabeza.

—Aguarda su hora ahí dentro —dijo—. Señor Baxter, fíjese en la pistola que hay sobre esa consola. Tiene silenciado?, naturalmente. Cuando yo le haya matado, dispararé un par de tiros. La policía acudirá y detendrá a Gus Dvorak. ¿Qué le parece el plan?

—Magnífico, excepto que no comprendo por qué no me mata ya.

—He tenido informes de usted —explicó Li-Wo—. Sé que es un maestro en Artes Marciales. Me sentiría humillado si acabase con usted por el prosaico método de pegarle un tiro. Aunque lo haga más tarde, será simplemente a efectos de «decoración» del ambiente,

¿comprende?

—¡Oh, sí, sí, se explica usted maravillosamente! Una última pregunta antes de entregarme a sus superiores conocimientos...: ¿Sigue vivo Gus, todavía?

—En efecto, sigue vivo.

—Gracias, es todo lo que quería saber. Estoy dispuesto, maestro.

Baxter recordó cierto consejo que le habían dado en una ocasión: «La mente y el cuerpo deben ser uno solo. Piensa cómo pueden vencerte y vencerás.»

Frente a él, Li-Wo se concentraba visiblemente. De súbito, el oriental liberó la energía acumulada en el vientre, con un grito de no demasiado volumen, aunque sí terriblemente poderoso. Baxter lo esperaba, pero, aun así, no pudo evitar el invisible impacto del *Kiai* lanzado por Li-Wo, que le hizo vacilar ligeramente.

Pero también él se había concentrado. Li-Wo se lanzó a la carga. Baxter aguardó a pie firme. En el último instante, se movió a su izquierda. Li-Wo cambió el sentido del ataque, pero ya no encontró el objetivo en su camino. Con rapidez fulgurante, Baxter se había movido en sentido contrario.

Li-Wo, sin embargo, era hombre de reacciones velocísimas. Cuando se dio cuenta de que iba a errar el golpe, dio un pequeño salto y giró lateralmente hacia su izquierda. Al mismo tiempo, levantaba el pie derecho, buscando la faringe de su adversario.

Era el *Aikido* o patada circular, aprovechando el propio impulso. Baxter se inclinó hacia atrás, sin mover los pies del suelo y, con el brazo izquierdo, lanzó un feroz *Haito uchi* o golpe de desviación.

El golpe fue dirigido al tobillo de la pierna que aún estaba horizontal. La otra estaba separada del suelo, por lo que Li-Wo carecía de punto de sustentación. Por lo tanto, giró en el aire y dio la espalda al joven.

Li-Wo cayó de bruces, apoyándose en las palmas de las manos, inmediatamente, disparó los pies hacia arriba, en un demoledor *Twimyo*. Era la reacción lógica del hombre que esperaba que su adversario se le arrojase sobre la espalda.

Pero Baxter no cayó en la trampa. Cuando los dos pies estuvieron a la altura de su pecho, agarró los tobillos y juntó con seco golpe. Los huesos salientes chocaron con tremenda fuerza.

Li-Wo emitió un gemido de dolor. Frenéticamente, intentó deshacer la presa, pero había perdido la iniciativa. Baxter repitió la acción y esta vez el dolor se hizo intolerable para el oriental, quien, por unos instantes, pareció entregarse.

Sin embargo, Baxter no se dejó engañar y, todavía con los tobillos de su adversario en la mano, saltó un poco, situando el pie derecho en el centro de su espalda y el izquierdo sobre la nuca.

—Li-Wo, estás perdido —dijo—. Si hago fuerza hacia atrás, te partiré el espinazo.

—No hablaré —jadeó el otro.

Baxter tiró de los tobillos, a la vez que hacía fuerza con el pie izquierdo. Li-Wo no emitió un solo gemido. «Era un tipo estoico», pensó Baxter; prefería dejarse matar, antes que delatar al que le había pagado.

Con el rabillo del ojo vio que se crispaban las manos de Li-Wo. El oriental trataba de soportar el dolor. Respiraba afanosamente, pero no se advertían en él señales de que fuese a hablar.

Aflojó la presión un poco.

—Está bien, admiro a los hombres valientes —dijo—. Pero debes reconocer que te he derrotado, Li-Wo.

—Lo admito.

Baxter soltó a su adversario y se retiró un par de pasos. Li-Wo rodó en el suelo, se sentó y sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor de su frente.

—Eres mi maestro —dijo.

—Lo cual no te impide continuar manteniendo el secreto.

—Es mi profesión.

Li-Wo continuaba enjugándose la frente. De pronto, movió la mano con la que sostenía el pañuelo. Algo zumbó por los aires.

Baxter se ladeó desesperadamente, para evitar el proyectil dirigido diabólicamente a su garganta. La estrella de ocho puntas, de bordes afilados como navajas de afeitar, se llevó unas hilachas de la hombrera de su traje.

Al mismo tiempo, Li-Wo se incorporaba como disparado por un resorte. Baxter se dijo que ya no valía la pena tener contemplaciones con un sujeto que, evidentemente, estaba dispuesto a matar a cualquier precio.

En los ojos de Li-Wo había un brillo demencial: ansia de matar, pero casi más deseos de vengar la humillación sufrida. Había sido derrotado en el primer asalto y el lanzamiento del *shuriken* había fallado también. Baxter adivinó que su enemigo estaba en desventaja mental.

Li-Wo voló literalmente por los aires, buscando con los pies la garganta del joven. Esta vez, Baxter lo dejó pasar. Luego, en una fracción de segundo, ciñó su garganta con el antebrazo derecho. Hizo presión con un seco movimiento y las vértebras de un cuello se quebraron con seco chasquido.

* * *

Los ojos de Baxter contemplaron al hombre que yacía sólidamente atado y amordazado sobre la cama.

—Volvemos a vernos, Gus —dijo, mientras se inclinaba para quitarle el esparadrapo que cubría su boca.

Dvorak se llenó los pulmones de aire.

—Si me deja ir, le diré algo muy interesante —jadeó.

—No hay inconveniente, Gus. ¿De qué se trata?

— Ese cerdo me ha tenido secuestrado tres días, atado aquí, como un salchichón... Lo más que hacía era darme un vaso de leche tres o cuatro veces al día. Luego me permitía ir al baño, pero con las manos y los tobillos ligados... ¿Ha probado usted de hacer sus necesidades de esa forma?

—No, ni ganas —rió Baxter—. Gus, debes de estar hecho un asco —añadió divertidamente.

—Huelo a basura —rezongó el sujeto—. Está bien, saque un lápiz y apunte. Hace algunos años, trabajé en una agencia de investigación. Allí aprendí a conocer el número de un teléfono por el sonido. Li-Wo llamaba al mismo teléfono varias veces al día.

—Gus, si fueses una chica guapa, te daría un beso. Pero me conformaré con dejarte marchar... y cuanto antes. Li-Wo ha ido a reunirse con sus antepasados.

—Estarán en el infierno —dijo Dvorak rencorosamente.

—¿Cómo vino a parar aquí, Gus?

—Yo desperté cuando el helicóptero ardía en pompa. Ya se oían las sirenas de los bomberos, pero tuve tiempo de largarme. Cuando volví a casa, Dyle me llamó. Le conté lo que había pasado. Dos horas más tarde, aparecieron él y Li-Wo. Me ataron y...

—Esto se aclara un poco. Seguramente, mencionaste la forma en que me defendí en la casa de West End Road.

—Claro. Tenía que justificarme, ¿no?

—Bueno, venga ese teléfono, Gus.

Baxter lo anotó. Por supuesto, conocía el domicilio de Eggles en Nueva York, pero sabía que era inútil hacerle una visita en su casa o en el bufete profesional.

Cuando salían, Dvorak miró el cadáver de Li-Wo y se estremeció.

—Era un sádico —gruñó—. Dijo que me haría un corte con su navaja, por cada hora que tuviese que esperar. Y ya llevaba tres días aquí...

Baxter contuvo una sonrisa.

—Gus, lárgate, desaparece; este asunto es dinamita pura —dijo.

—No hace falta que me lo repita, ¡Adiós!

Era de noche. Baxter se imaginó que su ropa no estaba presentable y regresó a su casa para cambiarse. Tenía que sacar provecho de la visita del vendedor de Biblias.

* * *

Estaba tumbado boca abajo, con la cabeza cubierta por la almohada. Alguien se sentó en el borde de la cama y empezó a hacerles cosquillas en la espalda desnuda. —Despierta, hombre tímido —dijo Carla.

Baxter se sentó y estiró los brazos.

—Dormía tan bien —sonrió—. Estaba soñando...

—Con alguna mujer, supongo.

Carla llevaba una bata muy liviana, debajo de la cual había un camisón cortísimo. Baxter la atrajo hacia sí.

—Soñaba con esto —dijo.

Ella se derrumbó en los brazos masculinos.

—Has perdido la timidez —suspiró.

—¿Te disgusta?

—En absoluto.

Baxter besó aquellos labios cálidos y perfumados. «Nada de saco de patatas», pensó. De pronto, sonó el teléfono. Carla rompió el contacto rápidamente.

—Perdóname, querido —dijo.

Baxter no se molestó en asomarse a la puerta del dormitorio. El transmisor instalado en la sala, repetiría fielmente cuanto dijese la cantante. Fue al baño y se metió bajo la ducha.

Carla se sorprendió más tarde al verle vestido.

—Creí que te quedarías un poco más, Bill —dijo.

Baxter la pellizcó en una mejilla.

—Lo siento, nena. Tengo que salir de viaje. Negocios, ¿comprendes?

—¿Estarás fuera muchos días? —preguntó ella, mimosa.

—Una semana. San Francisco no está a la vuelta de la esquina —sonrió él.

—Llámame por teléfono en cuanto vuelvas. Hombre tímido, prometo esperarte fielmente —dijo Carla con voz ardorosa.

Baxter volvió a besarla. Salló del apartamento y se dirigió al suyo. Cuando llegó, vio a Elynor aguardándole en la sala.

—Lamento haberla hecho aguardar —dijo.

—¿Ha estado ejercitándose con el saco? —preguntó ella, mordaz.

—Elynor, lo que hago es en su propio interés. Y no tengo por qué darle explicaciones.

El teléfono sonó en aquel momento. Era Hayes.

—Los transmisores funcionan a la perfección. Gracias, Budd. Y ahora, la noticia que esperabas. Eggles ha reservado tres pasajes de avión para pasado mañana. Viaja a Suiza.

—Está muy bien, gracias.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Elynor.

—Creo que he localizado la máquina de hacer salchichas —dijo.

—¿De veras? —exclamó ella ansiosamente.

—Sí. ¿Quiere ayudarme a recuperarla?

—¡Por supuesto, Budd!

Baxter se inclinó y escribió algo en la agenda que había sobre la mesa. Arrancó la hoja y se la entregó a la muchacha.

—Empiece a vigilar —dijo—. Será largo y tedioso, pero no desmaye. Puede que tengan que pasar algunos días antes de que pueda yo hacer algo, pero, mientras tanto, necesito todos los informes posibles sobre el lugar en que está la maquinaria.

—Déjelo en mis manos —exclamó Elynor con gran vehemencia —. Le aseguro que no quedará descontento de mi trabajo.

La chica se fue como un torbellino. Baxter se acercó a la consola de los licores y se sirvió una copa.

—Parece que la señorita tenía mucha prisa —comentó Koye.

Baxter sonrió sibilinamente.

—Voy a tenerla entretenida unos cuantos días —respondió—. Tim, encarga un pasaje para mañana, en el primer avión de la Swissair que levante el vuelo. ¡Ah!; y si la señorita aparece por aquí, dMe que sigo investigando.

—Bien, señor.

CAPÍTULO VIII

Durante los días precedentes, Baxter no había descuidado sus pesquisas en distintas direcciones. Por dicha razón le fue relativamente fácil localizar aquella misma noche a Hunt Dyle.

El sujeto estaba con un espléndida morena junto a la barra de una elegante taberna. La morena usaba un enorme escote y el vestido negro, terriblemente ceñido, estaba abierto por el lado izquierdo casi hasta la cintura.

Dyle parecía muy interesado en la contemplación de los encantos que el escote ponía al descubierto. Baxter apreció que Dyle, bien mirado, era un tipo bastante agradable. Su edad debía de rozar los cuarenta y aparecía bien cuidado, además de robusto y con aire de no descuidar su musculatura.

Baxter estimó también que Dyle, como Brucker, era hombre de confianza de Eggles. No eran matones vulgares, sino tipos con mucha inteligencia, pero, también, carentes de piedad hacia el adversario.

Tranquilamente, se acercó a la barra, por el lado de la morena, y pidió un whisky. Luego, con aire negligente, dijo:

— En su lugar, yo me guardaría muy mucho de aceptar la invitación que le ha hecho ese hombre, para tomar unas copas en su apartamento. Podría ocurrirle algo malo.

Dyle y la morena, sorprendidos, se volvieron a un tiempo. Dyle emitió una maldición en voz baja.

—Hunt, ¿quién es este hombre? —preguntó ella, muy irritada.

—Un tipo entrometido, a quien voy a machacar las narices con muchísimo gusto — rezongó Dyle.

—Puede que lo consiga, señorita —dijo Baxter, impasible—. Después de que me haya zurrado de lo lindo, váyase con él. Pregúntele cómo se le ocurrió lo del puñal en el agujero de la bala. ¿Leyó usted la noticia de la muerte de la doctora Clara Maine?

La morena se sobresaltó.

—Hunt, ¿qué diablos...?

—Fue usted, Dyle, aunque no haya pruebas —acusó Baxter—. Me lo dijo Dvorak.

—Dios mío, pero... ¿con quién me he metido yo? —exclamó la morena—. Un asesino sádico...

—Cierra la boca, estúpida —protestó Dyle de mala gana—. No fui yo, aunque lo diga este hijo de perra.

—Y, además, ese lenguaje. Olvídame, Hunt —dijo la morena, a la vez que se apeaba del taburete.

Baxter sonrió.

—Aguárdeme unos minutos, por favor, señorita... ¿Cómo se llama?

—Meg, Meg Swinson —contestó la morena.

—No se mueva. —Baxter dejó un billete sobre el mostrador—. Hunt, aquí al lado hay un callejón solitario, donde dos personas pueden hablar sin testigos.

Los dientes de Dyle chirriaron audiblemente.

—De acuerdo —aceptó el reto.

Treinta segundos más tarde, Dyle levantaba su brazo derecho, armado con la pistola asida por el cañón. Baxter ejecutó la segunda serie, cuarta *kata* de judo, para contrarrestar el *kiri-komi* o corte a la cabeza. Elevó ambas manos, apresó la muñeca de su adversario con ambas manos y giró sobre su pie izquierdo un cuarto de vuelta a la derecha, a la vez que retiraba el pie derecho. Dyle se venció hacia adelante y Baxter le aplicó el movimiento de bloqueo del brazo con su sobaco izquierdo. La pistola cayó al suelo inofensivamente.

Dyle gimió angustiosamente al sentir un terrible dolor en el brazo.

—Quiero saber dónde están las máquinas y los instrumentos que os llevásteis de Point Seminóle —dijo el joven.

Dyle apretó los labios. Baxter hizo fuerza. El brazo de Dyle empezó a crujir.

—Basta, lo diré...

Baxter grabó las indicaciones en su memoria. Luego soltó al sujeto.

Rugiendo de ira, Dyle se abalanzó contra el joven. Las dos manos de Baxter, de canto, golpearon el cuello de Dyle a ras de las orejas. Dyle creyó que le cortaban la cabeza y perdió el sentido instantáneamente.

A continuación, Baxter se inclinó y recogió la pistola, colocándola sobre el pecho del caído. Un minuto después, estaba de nuevo en el bar.

Meg le contempló con ojos brillantes.

—Ha terminado ya la discusión, imagino —sonrió.

—Podemos empezar otra, tú y yo —sugirió él.

Meg se apeó del taburete.

—Con mucho gusto— accedió.

Salieron del bar muy juntos. Diez pasos más adelante, Baxter se detuvo junto a un agente de policía que hacía su ronda nocturna.

—Me parece que he visto un tipo en el callejón, agente —dijo—. Debe de ser un borracho...

El guardia se llevó dos dedos a la sien.

—Investigaré —contestó—. Muchas gracias, caballero.

Baxter y Meg continuaron andando. Un par de minutos más tarde, Baxter le pidió permiso para entrar en una cabina telefónica. Marcó el número de la policía y dijo:

—El asesino de la doctora Maine es Hunt Dyle y está siendo arrestado en este momento en la calle ciento ocho Este, a la altura del seiscientos veintidós.

Fueron las únicas palabras que pronunció. Colgó el teléfono y se reunió de nuevo con la morena.

—Bien, creo que ya he despachado por hoy —dijo con brillante sonrisa—. A partir de este momento, soy todo tuyo, Meg.

—Tienes que demostrármelo —contestó ella—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Budd, simplemente Budd.

Meg intuyó que el hombre que tenía a su lado era más que lo que aparentaba, pero supo ser lo suficientemente discreta para no formular preguntas impertinentes. Baxter, en cambio, obtuvo un gran provecho del rato que pasó con la ardiente morena.

A lo largo de la carretera que bordea el lago Leman, Baxter condujo su automóvil desde Lausana, hasta llegar a Vevey, en donde tomó la ruta número doce. Antes de llegar a Château St. Denis, tomó por un camino particular que serpenteaba entre las laderas de las colinas.

El coche, alquilado, se detuvo un cuarto de hora más tarde, cuando Baxter vio fuera del camino un espacio liso y relativamente oculto de las miradas de los posibles transeúntes. Luego se apeó y, con unos prismáticos colgados del cuello, caminó hasta encontrar el lugar ideal para la observación.

Situado tras unos arbustos, en un punto dominante, contempló la lujosa villa donde residía el hombre sin alma, W. T. Forrestyne. De pronto, bajó los gemelos y agachó la cabeza.

Forrestyne no descuidaba precauciones. Baxter permaneció así unos momentos, hasta que juzgó pasado el peligro.

El edificio, de planta y primer piso, debía de tener capacidad suficiente para alojar a una veintena de invitados, con todas las comodidades, más la servidumbre. Había un extenso jardín a su alrededor, escalonado en terrazas, naturalmente con su piscina, y la tapia que lo rodeaba parecía infranqueable.

Sobre la barda del muro, Baxter divisó a trechos unos postes metálicos de muy poca altura. Si había una línea electrificada, no se veían los hilos... pero, de pronto, descubrió el cable conductor insertado en una ranura situada en el borde del mismo muro. La base de la tapia estaba completamente despejada y cubierta de césped muy

tupido y bien cuidado. Baxter adivinó la trampa.

Bajo el césped, debía de haber una línea continua de interruptores. Seguramente, el hilo conductor asomaría cuando se hiciesen funcionar los interruptores. El imprudente que intentase poner las manos sobre la tapia, perecería electrocutado irremisiblemente.

Al fondo, en el otro lado, divisó un cobertizo con rejas metálicas.

—La perrera —murmuró.

Por la noche, soltarían tinos fieros mastines, estaba claro. Pero en el interior, entre la base de la tapia y el jardín, había otra valla de alambre muy grueso, de un metro de altura. Era suficiente para que los canes no pasaran al otro lado, donde había un espacio de otro tanto de anchura. Las hierbas ocultaban, lo vio después de un largo rato de observación, una serie de agudísimas puntas de acero, afiladas como agujas y capaces de traspasar con la mayor sencillez la más gruesa suela de una bota.

Era de suponer que, además, hubiese otros métodos de defensa de la propiedad: alarmas silenciosas, alarmas sonoras... No cabía la menor duda, Forrestyne sabía protegerse bien.

Un par de hombres armados recorrían el jardín, con aire en apariencia descuidado, pero sin perder el menor detalle de cuanto sucedía a su alrededor. De nuevo tuvo Baxter que agacharse tras los arbustos.

En el ángulo norte de la casa, sobre el tejado, había una torreta picuda. En su interior se veía a un hombre tras un anteojo doble de campaña.

Lo curioso del caso era que el anteojo estaba montado sobre un afuste, con sillón, que giraba por medio de un mando eléctrico. El vigía, sentado, podía así escrutar el terreno constantemente, sin perder detalle. La maquinaria le permitía un giro total de 360°. El sillón, naturalmente, evitaba fatiga al vigía.

Un hombre salió de pronto al jardín. Era alto, delgado, elegantemente vestido. Baxter supuso que debía de ser Russell Wright, el hombre de confianza y omnipotente secretario de Forrestyne. El rostro de Wright era duro, anguloso, con la expresión propia de un hombre para quien los obstáculos no existían, porque los suprimía despiadadamente.

Baxter permaneció largas horas en el mismo sitio. Durante la paciente espera, no consiguió ver a Forrestyne una sola vez.

Forrestyne tenía sesenta y tres años. Los informes de la agencia, enviados en cinta por Gray, le habían dado muchos datos al respecto. Baxter, sin embargo, conocía otros de modo privado.

Pero sesenta y tres años, pensó, no era edad para morir, a menos que se tratase de una enfermedad incurable. Por tanto, estimó, los

rumores que corrían acerca de que Forrestyne había muerto y que su *Staff* lo mantenía con vida, a fin de de evitar que se desintegrase su colosal imperio, debían de ser falsos.

—Tal vez está vivo —murmuró—. Pero no tiene alma, porque murió hace mucho tiempo.

Sí, el sobrenombre adecuado no era el de hombre sin rostro, sino hombre sin alma.

A la caída de la tarde, un tanto entumecido por la larga inmovilidad, se retiró discretamente y emprendió el regreso al hotel. Con placer anticipado, pensó en una bañera llena de agua caliente.

* * *

Sentado en el vestíbulo del hotel, Baxter leía *La Tribune de Geneve*. Una de las noticias hablaba de la próxima entrevista del presidente del consejo federal bancario de Suiza, Raymond Duceaux, con el presidente de Estados Unidos.

La fecha de la entrevista no se había concertado aún. El informador presumía que, en cierto modo, Duceaux era un enviado oficioso del gobierno suizo. La entrevista versaría sobre temas de altas finanzas y se celebraría en la propiedad privada del presidente americano, a cincuenta. millas al Oeste de Washington.

Un lujoso «Mercedes» se detuvo, de pronto, ante el hotel. Su conductor se apeó, entró y se dirigió a la recepción. Baxter oyó claramente que el hombre preguntaba por el abogado Eggles.

A través de los ventanales, vio que el portero del hotel retiraba el coche a una calle lateral. Dado el intenso tránsito, no era posible permanecer estacionado en aquel lugar más que el tiempo justo.

— El señor Eggles bajará dentro de diez minutos, señor —oyó Baxter al recepcionista.

Baxter dobló el periódico y lo dejó a un lado. Luego salió tranquilamente del hotel.

Diez minutos más tarde, el portero volvió a llevar el coche frente a la puerta. Eggles, Brucker y Dyle se acomodaron en el vehículo. El conductor ocupó su puesto y el «Mercedes» arrancó de inmediato.

Dos horas más tarde, la tapa del maletero se alzó ligeramente.

Baxter estudió el terreno a través de la rendija. De pronto, sintió que alguien entraba en el coche y cerró. El automóvil se movió muy poco. Baxter se percató de que era conducido a un garaje. No había presenciado los movimientos de Eggles y sus acompañantes, por lo que supuso que tenían intención de alojarse en la residencia de Forrestyne, al menos por aquella noche.

«La entrevista de negocios sería larga», pensó.

Al cabo de un rato, se arriesgó a abandonar su escondite. Flexionó las piernas varias veces; el maletero de un coche no era el

mejor lugar para mantener la elasticidad de los músculos.

El garaje disponía de puerta lateral. Baxter la abrió y escrutó las inmediaciones. Los canes gruñían al otro lado, en sus perreras.

La casa estaba a treinta pasos de distancia y había una puerta posterior. A través de una de las ventanas, Baxter divisó a una mujer moviéndose en la cocina. Pero el sótano era accesible, por los huecos de aireación a ras del suelo.

CAPÍTULO IX

En la sala, Eggles y Wright contemplaban atentamente al individuo que estaba frente a ellos. Eggles hizo un gesto de asentimiento.

—Perfecto —dijo al cabo—. ¿Cómo está él?

—Bien, no te preocupes —contestó Wright—. ¿Qué tal salió el asunto del *P-10?*

Eggles se echó a reír.

—Es nuestro —contestó—. La maquinaria está en funcionamiento. Cuando regrese, tendré las herramientas listas.

—¡Magnífico! —dijo Wright—. Usted puede retirarse a su habitación. Siga estudiando; a la noche haremos un repaso general.

—Sí, señor —respondió el tercer individuo.

Eggles y Wright quedaron a solas nuevamente.

—¿Hay algún riesgo? —preguntó el segundo.

—Si desempeñas tu parte según el plan, ninguno. —Eggles se sirvió una copa de jerez—. Mis hombres, por otra parte, están preparados.

—Hará falta mucho dinero —calculó Wright.

—Tú dispones de la firma, ¿no?

Wright asintió.

—Cierto. —Chocó su copa con la de Eggles—. Por el *Plan Ecuador* —brindó alegremente—. Le hemos cambiado el nombre, ¿sabes?

—¿Ecuador? —repitió Eggles—. ¿Por qué?

—El ecuador del planeta es el círculo máximo… es como un cinturón atado alrededor de la Tierra. Cuando uno se pone el cinturón, siempre sobra un trozo de correa. Si la agarras con una mano, puedes tirar… y arrastrar al dueño del cinturón.

Eggles se echó a reír.

—Nosotros tiraremos de ese trozo de correa —adivinó.

—Exactamente. Así llevaremos al mundo donde nos convenga.

Sonaron nuevas risas. Luego, de pronto, Eggles se puso serio.

—De todas formas, estoy algo preocupado —dijo—. ¡Oh!; no es que tenga nada que ver de una forma directa con el *Plan Ecuador,* aunque sí con el *P-10.*

—¿Quién es? —adivinó Wright.

—Se llama Baxter y le ha dado por sentirse caballero andante.

Quiere que la chica recupere sus derechos sobre la fórmula. Pero no te preocupes por él; acabaré por apartarlo a un lado definitivamente.

—¿Dónde está ahora?

—En Nueva York. —Eggles lanzó una burlona risotada—. Debe de estar buscando como un loco el laboratorio de pruebas. Pero no lo encontrará, te lo aseguro.

Baxter sonrió para sí, mientras se deslizaba como una sombra hacia el piso superior. Dyle había tenido miedo.

Ciertamente, la policía lo había arrestado, pero Eggles lo había sacado bien pronto en libertad bajo fianza. Sin embargo, Dyle, por propia seguridad, había callado el hecho de que Baxter le había obligado a hablar.

La seguridad exterior era muy intensa. Dentro de la casa, la vigilancia estaba mucho más relajada.

Baxter abrió la puerta de uno de los dormitorios del piso superior y se escondió en su interior.

* * *

Las horas transcurrieron lentamente. Baxter vio a Eggles y Wright entrar en la habitación de Forrestyne. Los dos hombres salieron más tarde.

Había un centinela armado ante la puerta. Más tarde, ya de noche, una joven, vestida de blanco y con cofia, llevó una bandeja a la habitación. Estuvo cosa de treinta minutos y volvió a salir. El vigilante la pellizcó el trasero. Ella se volvió y le asestó una tremenda bofetada.

Sonó una risita burlona. La enfermera desapareció.

Baxter aguardaba con paciencia oriental. Desde allí podía escuchar las horas en el gran carillón del vestíbulo. Eggles y sus dos acólitos se acostaron pasada la media noche.

El vigilante de la puerta se sentó en una silla. Una hora después, su cabeza se dobló sobre el pecho.

Entonces, Baxter abandonó su escondite. Momentos después, el centinela había perdido el conocimiento, sin enterarse siquiera de que unos dedos sensibles habían presionado sobre determinados centros nerviosos de su cuello. Dentro de la casa, el silencio era absoluto.

Baxter abrió la puerta del dormitorio y cerró en el acto, sin hacer el menor ruido. Desde su gran lecho con dosel, un hombre de pelo completamente blanco y facciones demacradas, le miró con curiosidad.

—Otra inyección? —preguntó, a la vez que dejaba a un lado el libro que tenía en las manos.

El joven sonrió.

—No, señor. El hijo de Jonathan Martin Baxter no se dedica a cosas tan sucias — contestó.

* * *

Forrestyne hizo un esfuerzo para sentarse en la cama, a la vez que miraba con renovado interés a su visitante.

—El hijo de...

—Sí, señor, J. M. Baxter, su amigo de la infancia y condiscípulo en la Universidad. Forrestyne se quitó los lentes.

—¿Qué hace ahora mi buen amigo Chick? Le llamábamos así, ¿sabes, muchacho?

—Vive cerca de Monterrey. Se retiró hace unos años. El y mamá se conservan perfectamente, señor.

—Chick ha sabido hacerlo bien. Trabajó, ganó lo suyo, no ambicionó más y ahora disfruta de la vida —dijo el anciano, melancólicamente—. En cambio, yo no supe detenerme... Siempre quería más y más... Todo me parecía poco... Tu padre me dejó cuando vio que mi carrera era irrefrenable. Es un hombre sensato. ¿Sabes que hace más de veinte años que no tengo noticias suyas?

—El me ha hablado mucho de usted, señor. Pero yo no estoy aquí para recordarle viejos tiempos, sino los actuales.

Forrestyne entornó los ojos.

—Apostaría algo a que has entrado aquí sin permiso —dijo.

—Ganaría —sonrió el joven—. ¿Qué sabe usted del *P-10?*

—¿Qué es eso?

—Me lo imaginaba. Antes ha hablado de inyecciones. ¿Qué pasa?

Forrestyne se remangó el brazo izquierdo.

—«Pentotal» —contestó—. Así obedezco y firmo.

—Y no le dejan salir de aquí.

—Confieso que hace años me encerré para huir de la curiosidad. Ser considerado como uno de los hombres más ricos del mundo puede ser agradable en un principio, pero luego resulta horrible. Esta residencia es inexpugnable y consideré que desde aquí podía dirigir mis negocios sin necesidad de exponerme a la curiosidad malsana de las gentes, ni sufrir otras incomodidades.

—Pero luego alguien consideró que debía utilizar la situación en provecho propio.

—Sí. Y lo peor de todo es que no puedo hacer nada. Si intentase salir de mi habitación por la noche para usar el teléfono, un guardia me lo prohibiría, incluso por la fuerza.

—En resumen, el amo es Russell Wright.

—Exactamente. Wright aquí y Eggles en Nueva York. Ellos lo dirigen todo... pero ¿qué es eso del *P-10,* muchacho?

Baxter se lo explicó detalladamente. Forrestyne sintió un enorme asombro al conocer el asunto.

—Te aseguro que no sabía nada, muchacho —dijo—. Pero me gustaría solucionarlo...

—Yo tengo un plan, señor. Lo único que deseo es contar con su ayuda.

—¿Mi ayuda? —Forrestyne emitió una risa cascada—. A pesar de todo, siempre tuve una salud de hierro. Pero ahora... gracias que puedo levantar las gafas para ponérmelas delante de los ojos.

Baxter meditó unos instantes.

—Tengo la impresión de que Eggles estará aquí todavía algunos días, no muchos — dijo—. Dice que le inyectan «pentotal» cuando necesitan su firma. Por tanto, obedece órdenes como un autómata.

—¡Claro! La firma, por mucho que se esmeren, es infalsificable. Puede pasar algunas veces, pero tarde o temprano, la falsificación es descubierta. Por ahora, les convengo vivo.

—Lo malo es que un día les convenga su muerte —murmuró el joven—. Señor Forrestyne, ¿hay aquí algún sitio donde pueda esconderme?

El anciano reflexionó unos segundos.

—Sólo uno —dijo al cabo—. Pero es muy incómodo.

—¿Sí?

—El armario del baño. Es una especie de altillo... la casa es vieja, ¿comprendes? Allí se guardan toallas... o se guardaban, pero lo cierto es que nadie mira ese armario. Sin embargo, queda el problema de tu comida. Yo no puedo apartarte de lo poco que me traen...

—¿Qué tal es la enfermera?

—Muy competente, aunque no sé si podrás fiarte de ella. Se llama Janine Schwartz.

—¿Es ella la que le inyecta el «pentotal»?

—¡Oh, no! Simplemente, atiende a un anciano con escasas fuerzas físicas. Para mí que sabe algo, pero calla... aunque no conozco los motivos.

Baxter sonrió.

—Puede que yo los averigüe —dijo—. Señor Forrestyne, ¿le gustaría salir de aquí?

—No quisiera ofender a los nativos... ¡pero empiezo a odiar Suiza! Si salgo de aquí, lo liquidaré todo... y haré como tu padre, muchacho, te lo juro.

Baxter consultó el reloj.

—¿A qué hora vendrá Janine? —preguntó.

—A las siete. Todas las mañanas entra a esa hora a tomarme el pulso y la temperatura. Después me sirve el desayuno...

El joven se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Creo que me conviene dormir unas cuantas horas —se despidió.

* * *

Janine Schwartz era una muchacha de unos veinticuatro años, de mediana estatura, pelo castaño y figura muy atractiva. Su estupefacción fue enorme cuando vio que en el dormitorio de Forrestyne había otro hombre, además del paciente.

—Si usted dice algo, nos matarán a los dos. Y a usted, probablemente, también — aseguró Baxter a los pocos minutos de haber entablado conocimiento con la enfermera.

—No me extraña —dijo Janine—. Hace tiempo que empecé a notar cosas raras aquí. Se lo dije al señor Wright y me dobló el sueldo. Pero también me advirtió que mis padres podrían morir, si despegaba los labios. ¿Qué podía hacer, sino callar?

Baxter se volvió hacia el anciano.

—Las cosas empiezan a verse más claras —dijo.

Forrestyne asintió.

—Tienes toda la razón —contestó—. Sigue, Budd.

—Janine, yo voy a estar aquí un par de días o tres, hasta que el señor Eggles se vuelva a Estados Unidos. Usted me avisará entonces.

—Sí, desde luego... pero ellos entran aquí con frecuencia...

—¿Les ha visto alguna vez asomarse al baño?

—¡Oh, no, en absoluto!

La ventana del baño estaba sólidamente enrejada. Claro que los secuestradores no habían contado con que alguien pudiera infiltrarse en la casa y esconderse luego en un viejo altillo.

—Bien, Janine, pronto arreglaremos esto —aseguró Baxter—. Aparte de algo de comida, aunque sea lo suficiente para no desfallecer, necesito su ayuda.

—Sí, señor...

—Llámeme Budd —rió Baxter—. ¿Quién es el hombre con quienes hablaban ayer Eggles y Wright?

—Se llama Bernard MacDonald, es todo lo que sé.

—¿Ha hablado con él?

—Algunas veces, no demasiadas. Es poco comunicativo. Se pasa el día estudiando no sé qué... Tiene un proyector, una grabadora con cintas en las que se oyen voces solamente...

—Janine, no le digo que trate de sonsacarle, sino, simplemente, que lo vigile discretamente, que estudie sus movimientos. ¿Entendido?

—De acuerdo.

—Muchacha, si este caballero consigue lo que desea, usted no tendrá motivos para arrepentirse de haber cuidado a este pobre anciano —dijo Forrestyne firmemente. —Otra cosa —intervino Baxter —. Janine, ¿es usted quien inyecta el «pentotal»? —No, aunque sé dónde lo guardan.

—Sustituya las ampollas por otras de agua destilada.

La enfermera sonrió.

—Comprendo.

Baxter se volvió hacia el anciano.

—Es sólo cuestión de un par de días más, tres a lo sumo —afirmó.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Janine Schwartz entró en la habitación de Forrestyne. El anciano la vio pálida y agitada.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Se han marchado. MacDonald también ha ido con ellos.

—Llama a Baxter. Está en su escondite.

Janine corrió hacia el cuarto de baño. Baxter asomó la cabeza por el altillo.

—Pasa algo —adivinó.

—Eggles, los otros dos y Bernard MacDonald han abandonado la casa. He oído decir que esta tarde tomarán el avión para Nueva York.

Baxter se descolgó hasta el suelo.

—Creo que ha llegado ya la hora de actuar —dijo—. Janine, ¿qué más has oído?

La chica procuró concentrarse.

—Fue hace una hora... MacDonald estaba en su habitación. Yo le oí hablar de una forma muy extraña... Parecía pronunciar un discurso.

—¿Un discurso?

—Sí. Decía algo así... «Es para mí un honor, señor presidente, ser recibido por el máximo representante de la nación más poderosa de la tierra, el país donde la paz y la libertad no son meras palabras...» Bueno, no lo dijo exactamente de esta manera, pero sí muy parecido... Además, su voz sonaba como si fuese la de otro...

—Otro hombre —murmuró Baxter—. Janine, ¿te dio la sensación de que Bernard estaba ensayando un papel, como si fuese a representar una función de teatro?

—Sí, exactamente —exclamó ella, con ojos muy brillantes.

Baxter se encaminó hacia el dormitorio.

—Señor, ha llegado el momento de pasar a la acción —dijo.

Forrestyne apartó las ropas de cama.

—Ayúdame a vestirme —pidió—. La ausencia de «pentotal» y la doble ración de comida de estos días, han hecho maravillas en mi cuerpo.

Baxter sonrió.

—Veo que no ha perdido usted su espíritu belicoso, pero le ruego que sea sensato. A pesar de todo, está muy débil y su actuación será de una forma muy distinta a la que se imagina, aunque no por

ello menos eficaz. De todos modos, sí, conviene que se vista. Janine, ayúdale; yo vigilaré mientras tanto.

Mientras se ponía ropas que no había usado durante meses, Forrestyne dijo:

—Budd, ten cuidado con Jack Folsom. Es la mano derecha de Wright y tan peligroso como una serpiente de cascabel.

—Es el que me amenazó con matar a mis padres, si decía una sola palabra de lo que pasa aquí —añadió Janine.

—Muy bien, lo tendré en cuenta.

Al cabo de unos minutos, Forrestyne anunció que ya estaba listo. Janine le entregó un bastón para que se apoyara en él al caminar.

Baxter se acercó a la puerta y la abrió.

—Le llama el señor Forrestyne, amigo —dijo, con la mejor de sus sonrisas.

CAPÍTULO X

El vigilante, estupefacto, se volvió. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, unas fuertes manos le hicieron volar por los aires. Cayó al suelo y un par de segundos más tarde, había perdido el conocimiento.

El hombre tenía una pistola. Baxter la escondió en el ropero. Luego, cuando se disponía a salir, recordó algo.

—Señor, apóyese en Janine. Necesito su bastón —dijo.

—Muy bien.

Baxter agitó el bastón un par de veces. Se volvió hacia Janine y sonrió.

—Si tuviera tiempo, la convertiría en una *Naginata,* atándole una hoja de acero al final —dijo—. Bien, puesto que no puede ser así, tendré que utilizarla como una *Katana,* el sable del *samurai* nipón... o como lo que es, un buen garrote.

El bastón tenía una empuñadura de marfil, esférica. Baxter lo lanzó al aire y, después de un par de vueltas, lo recogió con toda desenvoltura.

—¿Vamos?

Salieron de la habitación. Baxter iba en cabeza. Forrestyne, pese a su buena voluntad, debía apoyarse en

Janine. El anciano caminaba muy despacio. Sin embargo, había un nuevo brillo en los ojos, días antes tan apagados.

—Budd, en cuanto haya liquidado este asunto, juro que me retiro a hacer el vago en algún lugar donde haya sol y mar y brisa marina...

—Señor Forrestyne, un poco de dinero nunca está de más, pero en cuanto pasa de cierta cifra, ¿por qué seguir amontonando billetes? Lo único que proporcionan son quebraderos de cabeza. Por mucho que se esfuerce, no se puede gastar todo y, además, ¿en qué?

—Los hombres estamos ciegos, a veces —admitió el anciano.

Llegaron a la escalera. Baxter inició el descenso, cautelosamente.

Salían voces de una puerta. Baxter bajó corriendo de puntillas y aplicó el oído.

—Bien, creo que podemos brindar por el éxito del *Plan Ecuador.* Pasado mañana, a estas horas, habrá quedado todo listo.

—¿Y después? —preguntó el hombre que estaba con Wright.

—Forrestyne vivirá todavía algunas semanas. Luego

comunicaremos la noticia de su muerte, a consecuencia de un colapso cardíaco.

—Habrá que tapar alguna boca más.

—Tú te encargarás de ello, ¿verdad?

—Lástima, están bonita...

—Hay más mujeres en este mundo, Jack.

—Eso sí es cierto.

De repente, Baxter oyó una voz a sus espaldas.

—¡Budd! —avisó Janine.

El joven se volvió. Un hombre uniformado acababa de entrar en la casa. Al ver a un desconocido, sacó su pistola.

El bastón actuó contundentemente. Un antebrazo resultó fracturado en el acto. Sonó un aullido de dolor.

El guardia cayó de rodillas. Baxter alejó la pistola de un puntapié, justo en el momento en que Wright y su sicario salían precipitadamente al vestíbulo.

Los ojos de Wright se dilataron al ver al anciano a mitad de la escalera, apoyado en el brazo de su enfermera.

—¡Señor Forrestyne!

—Russell, está despedido. He vuelto a recobrar el control de todo. Ya no le necesito para nada —dijo Forrestyne fríamente.

Los ojos de Wright se volvieron hacia el joven que, para él, resultaba un desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eggles le ha hablado mucho de mí en los últimos días.

—¡Baxter! —adivinó Wright.

—El mismo. ¿Se siente extrañado de verme en esta casa?

—Pero ¿cómo diablos ha entrado...?

—Temo que su vigilancia no ha sido tan perfecta como imaginaban. En fin, el medio empleado es lo de menos. Lo que realmente importa es que el *Plan Ecuador* no se va a ejecutar. No podrán tirar del cinturón, ¿comprende?

Un brillo demoníaco apareció en los ojos de Wright. De pronto, se apartó a un lado.

—Jack, mátalo.

La mano de Folsom desapareció un instante en el interior de su chaqueta. Cuando ya salía con la pistola, la bola de marfil que era el puño del bastón chocó contra su frente, justo en el entrecejo, produciendo un horrible ruido de huesos rotos.

Folsom cayó instantáneamente. Enloquecido de pánico, Wright quiso correr, pero un pie hizo que se entrecruzasen sus piernas y cayó de bruces al suelo. Cuando se incorporaba, el filo de una mano le tocó en la nuca. A Wright le pareció que le golpeaban con una maza gigantesca, pero, en realidad, Baxter había usado un mínimo de

fuerza.

El traidor secretario perdió el conocimiento. En aquel momento, el guardia empezaba a levantarse.

—¡Quieto! —ordenó Forrestyne—. El dueño soy yo, yo le pago a usted y le ordeno que me obedezca absolutamente.

El vigilante asintió, mientras se agarraba el brazo derecho con la mano izquierda.

—Creo que tengo roto un hueso —se quejó.

—Janine le atenderá —dijo Forrestyne—. Budd, sal fuera y llama a Luke Brandon.

Es el jefe de vigilantes.

—Sí, señor.

Brandon entró en la casa minutos después. Parpadeó, al ver dos cuerpos tendidos en el suelo.

—Luke, Wright ya no pinta nada aquí —declaró Forrestyne—. Es más, la policía suiza vendrá dentro de poco y se lo llevará detenido. Usted verá qué actitud le conviene adoptar.

Brandon hizo un gesto de aquiescencia.

—Aunque últimamente era él quien me daba las órdenes, en realidad, fue usted el que me contrató —dijo.

—Celebro que piense así, Luke. Dígaselo a los demás. En todo caso, obedezca las indicaciones del señor Baxter.

— Por ahora, todo debe seguir igual —manifestó el aludido—. ¡Ah!, por cierto, ¿dónde está el estudio del señor MacDonald?

Brandon señaló una puerta.

—Allí, señor Baxter. Nosotros no entrábamos nunca en esa habitación; lo teníamos estrictamente prohibido —informó.

Baxter entró en el estudio. Forrestyne llamó al jefe de vigilantes.

—Ayúdeme a buscar un sitio donde pueda sentarme —gruñó—. Ese condenado Wright ha conseguido dejarme con menos fuerzas que un recién nacido.

En el estudio de MacDonald, Baxter encontró cosas muy interesantes. Las películas filmadas eran un prodigio de nitidez. Las cintas grabadas no ofrecían menor interés. Baxter adivinó así cuál era el *Plan Ecuador.* Sin embargo, no tenía la menor idea del arma que iba a utilizar el asesino.

Media hora más tarde, hizo una llamada de larga distancia. Le costó un poco, pero, al fin, pudo entrar en contacto con su amigo Hayes.

—Tengo buenas noticias para ti, Ed —dijo.

—¿Dónde te has metido? Fui el otro día y no estabas en casa...

—Te hablo desde Suiza, hombre.

—¡Suiza! —resopló Hayes.

—Así es, pero, antes de seguir adelante, dime si los transmisores

que puse en el apartamento de Carla Thaite han servido para algo.

—En cierto modo, sí. Nuestras sospechas sobre ella resultaron infundadas.

—Pero yo la vi con Dyle...

—El local pertenece a Eggles, aunque tiene un hombre de paja, al frente. Eggles creyó, durante un tiempo, que Carla también le pertenecía. Dyle la vigilaba. Al fin, Eggles parece que encontró otra menos esquiva.

—En medio de todo, no dejan de ser buenas noticias —sonrió Baxter—. Y ahora, por favor, aguza el oído... porque voy a decirte quién va a asesinar al presidente, aunque no sé el arma que piensa emplear.

La conversación duró largo rato. Baxter abandonó, luego, la habitación.

Wright había sido puesto a buen recaudo. Más tarde, llegó la policía suiza. También aparecieron algunos miembros del Servicio Secreto. Los interrogatorios duraron muchas horas.

Era ya cerca de la media noche, cuando la casa quedó despejada de gente. Forrestyne descansaba apaciblemente en su dormitorio, libre de inquietudes por primera vez en mucho tiempo.

Baxter se dispuso a acostarse. De pronto, oyó ruido de unos nudillos en la puerta.

Abrió. Janine estaba con una bandeja en la mano.

—Necesitas un suplemento de comida —dijo, con brillante sonrisa.

Baxter la contempló unos instantes. Tomó la bandeja y la dejó sobre una mesa. Luego atrajo a Janine hacia sí.

—Te estoy muy agradecida —ronroneó ella—. El señor Forrestyne ha dicho que me dará una Importante recompensa, yo ya no tendré que temer por la vida de mis padres y...

Baxter hizo un poco más de presión con los brazos.

—Parece que no llevas mucha ropa debajo de la bata —observó.

Janine contestó con una clara sonrisa.

—Sólo llevas la bata —añadió él.

—No necesito más —declaró la chica.

Baxter pegó una patada a la puerta.

—En estos momentos, yo no necesito comida —aseguró.

—Pero... estos días que permaneciste escondido... Yo no podía traerte demasiada comida... Me habría hecho sospechosa...

—Y has conseguido engañarles. Pero ahora no vamos a hablar de comida y de sobrealimentación.

—Entonces, ¿de qué vamos a hablar?

Baxter hizo que el cuerpo de Janine se adhiriese por completo al suyo.

—Preciosa, ahora no vamos a hablar —dijo, mientras bajaba un poco la cabeza para buscar unos labios rojos, muy frescos y jugosos.

* * *

Por la mañana, Baxter desayunó en la terraza, junto con Forrestyne.

—Me siento otro —dijo el anciano—. Casi no puedo andar, todavía, pero me parece haber rejuvenecido veinte años.

—Le felicito —sonrió Baxter.

—Gracias. Budd, dime, ¿qué diablos haces tú? ¿Por qué te mezclaste en este condenado jaleo?

—¡Oh! Vino una chica a buscarme... —mintió el joven—. Me explicó su caso y traté de ayudarla.

—No te creo del todo, pero respeto tu discreción. ¿Tienes algún empleo?

—Pues...

—Quizá yo podría darte uno. Me convendría tener al lado a un hombre como tú. No tendría miedo a que me engañases, Budd.

Baxter empezó a untar de mantequilla una tostada de pan.

—Creo haberle oído decir que iba a retirarse a un lugar donde hubiese sol todo el año, cerca de una playa —dijo.

—Bueno, sí, pero mis negocios...

—Hace años, mi padre pensó que sus negocios necesitaban imprescindiblemente de su presencia. Por supuesto, eran infinitamente más modestos que los suyos. Pero, de pronto, se dio cuenta de que con él o sin él, los negocios marcharían lo mismo y los dejó, no ha tenido que arrepentirse de esa decisión, créame.

—Budd, me lo estás poniendo muy difícil —rezongó Forrestyne.

—No me gustan las cadenas, ni aunque sean de oro, señor. Liquide todos sus asuntos, establezca una fundación para obras benéficas y culturales, quédese con una renta suficiente y mande el trabajo al diablo, junto con las cotizaciones de Bolsa y los valores bancarios y las navieras y las acciones de siderúrgicas... Dedíquese a contemplarse el ombligo, en suma.

Forrestyne hizo un gesto con la cabeza.

—Estoy viendo que tendré que hacerte caso —rezongó.

—Si no me hace caso y quiere continuar con su imperio financiero, tendrá que buscar a otro que lo dirija. Le agradezco mucho la oferta, pero no la aceptaría por nada del mundo —dijo Baxter muy serio.

Janine salió en aquel momento de la casa. La chica ya no vestía su uniforme de enfermera. Ahora llevaba en la mano izquierda una toalla de vivos colores. En lugar del uniforme, llevaba un espectacular traje de baño.

—¡Caramba, cómo ha cambiado! —dijo Forrestyne, admirado.

—¡Hola! —saludó Janine—. ¿Hay un poco de café para mí?

Forrestyne se echó atrás en el sillón y miró a la joven, de hito en hito.

—Janine, quiero hacerle una proposición —manifestó.

—Sí, señor.

—Necesito una enfermera... vitalicia.

Ella respingó, sobresaltada. Consultó a Baxter con la mirada y éste respondió con un leve pestañeo de asentimiento.

—Creo que tendré que pensármelo —dijo Janine, al cabo.

—Piénseselo y acepte. Le aseguro que no tendrá que arrepentirse de su decisión. Forrestyne se volvió, ahora, hacia el joven.

—Budd, ¿qué piensas hacer tú? —preguntó.

Baxter lanzó una mirada a su reloj de pulsera.

—Ya tengo encargado mi pasaje de vuelta —declaró—. Tengo curiosidad por conocer el final del *Plan Ecuador*.

—¡Oh! —murmuró Forrestyne—. El arma que se va a emplear, es desconocida.

—Sí, y resultará interesante saberlo. Por otra parte, tengo ganas de hacer lo que vulgarmente se llama un ajuste de cuentas.

—¿Ajuste de cuentas?

—Quizá llegue tarde, pero debo intentarlo, señor. Tengo ganas de ponerle la mano encima al hombre que ordenó asesinar a la doctora Clara Maine.

CAPÍTULO XI

Los guardias armados daban vueltas constantemente en torno a la propiedad del presidente. Un helicóptero se mantenía en el aire, avizorando los alrededores en la misma. En el camino particular que conducía a la propiedad, los agentes del Servicio Secreto y más guardias, vigilaban incesantemente.

Ed Hayes consultó su reloj.

—El señor Duceaux no puede tardar mucho —dijo a su compañero de vigilancia.

El otro agente asintió. Los dos hombres estaban en la entrada, donde se había instalado el detector de metales.

—Es una tontería intentar el asesinato de esta forma —dijo el otro agente—. No podrá escapar.

—Van a mantener una entrevista, a solas. Durará sólo unos pocos minutos. Pero ese tiempo será suficiente.

—¿Es que el tipo tiene ganas de suicidarse?

—Imagino que habrá previsto la retirada. No son tontos, tú.

—De todos modos, me gustaría saber de qué van a hablar. ¿Qué opinas, Ed?

—Dinero. Suiza y Estados Unidos, ¿de qué otra cosa pueden hablar? Evasión de capitales, dólares en los Bancos suizos, probablemente más que en nuestro propio país... Las finanzas son tan complicadas —suspiró Hayes.

—¡Asco de dinero! —dijo el otro agente, filosóficamente.

De pronto, sonó un zumbido. Hayes tomó su transmisor.

—*Rata Uno,* adelante.

—Aquí, *Rata Dos.* El coche del visitante entra en el camino. Tardará dos minutos. —Gracias, *Rata Dos.* Cambio y cierro.

Hayes sacó su revólver y examinó la carga. Su compañero hizo lo mismo.

—Matt, yo me encargaré del detector. Tú cubrirás a los visitantes, con el resto de la gente —ordenó.

—Está bien.

Noventa segundos más tarde, aparecieron dos motoristas, precediendo a un inmenso coche negro. Otros dos motoristas iban a retaguardia.

La comitiva se detuvo a la entrada de la cerca. Los motoristas se apearon a un lado. Hayes se acercó al coche.

—¿Señor Duceaux?

—Sí —contestó el hombre alto y distinguido que iba sentado en el asiento posterior, junto con otro individuo.

—Soy Hayes, encargado de los servicios de protección del presidente. Por favor, señor Duceaux, no se lo tome a mal, pero tenemos instrucciones muy precisas sobre los visitantes.

Duceaux sonrió.

—Comprendo perfectamente, amigo mío —dijo—. ¿Qué es lo qué debo hacer?

—Si no tiene inconveniente, me gustaría que se apease, señor. No voy a registrarle; simplemente, utilizaré el detector de metales.

—Por supuesto, amigo mío —accedió Duceaux, benevolentemente—. Espéreme un instante —se dirigió al otro pasajero del coche.

—El señor embajador de Suiza y el chófer deberán ser examinados también —dijo Hayes.

—¡Claro, claro...!

Duceaux se apeó. Era un hombre de unos cincuenta años, de mejillas sonrosadas y aspecto próspero, tocado con un correcto sombrero de ala abarquillada. Su ropa era inmejorable; «de la cara», estimó Hayes.

Un agente trajo el detector. Hayes lo tomó y empezó a pasearlo por el cuerpo del visitante. De pronto, se oyó un zumbido a la altura del pecho.

—Metal —dijo Hayes.

—¡Asombroso! —exclamó Duceaux—. Sólo llevo la pluma...

Enseñó la pluma. Hayes sonrió. El detector zumbó de nuevo al hallarse a la altura del vientre.

—La hebilla del cinturón —dijo Duceaux—. ¡Oiga, es un aparato muy bueno!

—Detectaría una limadura de hierro de tamaño microscópico —aseguró Hayes, sin dejar de mover el aparato en torno al cuerpo del visitante—. ¿Qué lleva en el bolsillo derecho del pantalón, señor?

Duceaux sacó un puñado de monedas.

—Calderilla —sonrió.

—Sí, muchas gracias.

El detector zumbó incluso con los remates de metal de los cordones de los zapatos. Hayes se sentía desconcertado. ¿Dónde estaba el arma? ¿En la valija de documentos del visitante?

—¿Algo más? —dijo Duceaux, al observar su perplejidad.

Hayes decidió mostrar todas sus cartas, de una vez.

—Está bien, señor MacDonald, dejémonos de tonterías —dijo—. El auténtico señor Duceaux se ha dejado suplantar deliberadamente. Ni siquiera lo sabe el embajador que ha venido con usted.

—Pero... ¿qué está diciendo? ¿Se ha vuelto loco?

Hayes se arrojó de pronto sobre el visitante y atenazó sus brazos con las manos.

—Usted lleva algún arma encima...

De súbito, notó un bulto en el antebrazo derecho, muy cerca de la mano.

—Vamos, ayúdenme —gritó.

El embajador y el chófer de la embajada aparecían paralizados por el asombro. Varios agentes se arrojaron sobre el supuesto Duceaux y le inmovilizaron de una forma total. Sin la menor ceremonia, Hayes sacó una navaja y rasgó la manga del traje.

Sujeta con esparadrapo a la cara interna del antebrazo, se veía una jeringuilla de inyecciones. Hayes la despegó cuidadosamente, manteniéndola en alto.

—Veneno —dijo—. Pero la aguja no es de metal. *¿P-10,* señor MacDonald?

El rostro del asesino frustrado expresaba una rabia sin límites.. Inesperadamente, se revolvió con fiereza y derribó por tierra a un par de agentes. Luego echó a correr.

Alguien le gritó que se detuviera, pero MacDonald no hizo el menor caso. Tableteó una metralleta.

MacDonald se llevó las manos a los riñones. Dio unos pasos, trastabillando, y luego acabó por caer fuera del camino, entre unas matas.

El embajador estaba lívido. Hayes contempló al trasluz el contenido de la jeringuilla. «¿Qué veneno era aquel?», se preguntó.

* * *

—No lo entiendo —dijo Baxter, mientras llenaba la segunda copa—. El presidente se habría sentido alarmado, si MacDonald le hubiera pinchado con la aguja.

—Bueno, éste era un último recurso. La realidad es que la jeringuilla era más bien el vehículo portador del veneno, de acción lenta, pero irremisible. En algún momento, habrían servido café, tal vez cuando el presidente y su huésped hubiesen quedado a solas durante los pocos minutos estipulados —contestó Hayes—.

Pero si hubiese llevado una jeringuilla corriente, con aguja de metal, el detector la habría señalado instantáneamente. El plan era perfecto, Budd, convéncete.

Baxter meneó la cabeza.

—No podía salir bien —dijo.

—El presidente está vivo por milagro. ¿Quién iba a sospechar del presidente del consejo federal bancario de Suiza? MacDonald llevaba, incluso, un anillo defectuoso, con bordes punzantes. Al

estrecharle la mano, podía haber pinchado al presidente, aunque con la aguja. El anillo, luego, habría tenido la culpa..., pero una sola gota de ese veneno habría sido suficiente para causar la muerte de la víctima. Por vía oral, esto es, tomado en la bebida, se necesitaba todo el contenido de la jeringuilla, teniendo en cuenta las alteraciones que el tóxico hubiera sufrido a causa de los jugos gástricos. Pero MacDonald, de una forma u otra, habría tenido tiempo más que suficiente para largarse y desaparecer.

—Bueno, hay otro problema por resolver. MacDonald tomó el papel de Duceaux. Pero, ¿no se dio cuenta de que éste podía advertir a la embajada de que no iban a buscarle para la entrevista?

—Duceaux estaba al tanto del juego; por eso el embajador puso el grito en el cielo. Duceaux se hartó de propagar en el hotel la hora de la entrevista. Los espías de MacDonald tomaron buena nota. Luego, alguien se fingió miembro de nuestro Servicio y dijo que la entrevista se adelantaba una hora. Era el tiempo preciso para que MacDonald pudiera actuar.

—Muy inteligente... y estuvo a punto de salir bien —sonrió Baxter.

—Desde luego, pero lo que yo no comprendo es por qué quisieron matar al presidente. Se entiende que un chiflado atente contra su vida, durante un acto público, pero no un atentado que se vaya a realizar en la hacienda privada del presidente. ¿Por qué, Budd?

—Ed, la muerte del presidente habría provocado una baja instantánea en la Bolsa, su derrumbamiento o poco menos, como ya pasó cuando asesinaron a Kennedy. Alguien hubiese comprado y, dentro de unos meses, la Bolsa habría recobrado su nivel habitual. Era una especulación de cien, doscientos... quién sabe si quinientos o mil millones.

—Pero los compradores, aun a la baja, tendrían que gastar muchos millones —alegó Hayes.

—Contaban con la fortuna de Forrestyne. Y éste hubiera cargado con las culpas.

—Forrestyne es el hombre más rico del planeta, o poco menos. ¿Para qué iba a querer tanto dinero?

—El no lo quería, sino los que organizaron el pían... y empezaron ya hace muchos meses a prepararlo todo. Pero la compra de acciones, opino, les importaba menos que el dinero que podía reportarles su especulación.

—¿Cómo?

—¿Has oído hablar alguna vez de la erótica del poder? A Forrestyne ya no le importaba el dinero, sino el poder que éste le confería. Los autores del plan querían conseguir ese poder para ellos. Y el asesinato del presidente era uno de los medios para la realización

de sus deseos. Un presidente es una persona de relieve..., pero también un ser humano. Una vida más o menos, ¿qué importa a cierta clase de personas?

En aquel instante sonó el timbre. Koye, discreto y silencioso, cruzó la sala para abrir.

Elynor entró atropelladamente.

—¡Budd! ¡Al fin ha vuelto! —gritó—. Le he llamado a diario...

—Estuve de viaje, preciosa —sonrió el joven.

—Usted me dio una dirección. Allí no había nada, Budd.

—No me diga —se sorprendió Baxter.

—Es una escuela de buceadores —dijo Elynor, muy enojada—. Pero ¿cómo se dejó engañar?

Baxter enseñó las palmas de sus manos.

—Piel de Melocotón, hasta el más listo comete en ocasiones el error de ser crédulo — respondió—. ¡Ah!; permítame que le presente a mi amigo Ed Hayes...

—Yo me voy —dijo el aludido—. He tenido mucho gusto en conocerla, señorita Rowan.

—Pero si no le han dicho mi nombre —exclamó la chica.

—Se lo habrá supuesto. Le había hablado mucho de usted.

Elynor hizo un gesto de duda.

—Bueno —contestó desganadamente—. ¿Ha conseguido algo?

Baxter empezó a llenar una copa.

—Algo, aunque todavía es pronto para decírselo —contestó—. De todos modos, puedo asegurarle que la patente será suya de nuevo.

—Es una excelente noticia, Budd. ¿Cómo podré expresarle mi agradecimiento? —dijo ella con gran vehemencia.

—Bien...

Los ojos de Baxter recorrieron críticamente la figura de la muchacha. Ella enrojeció.

—No piense en ciertas cosas, tortuoso individuo. Yo no soy de ésas, como... como el fardo con patas.

—Me alegra muchísimo oírla hablar así, Elynor. Y, créame, no iba a pedirle nada como recompensa.

—Sin embargo, ha tenido gastos. Se los abonaré.

—Ya le pasaré mi factura.

Elynor frunció el ceño.

—¿Qué le pasa? Le encuentro muy frío...

—Es que tengo que salir, Elynor.

—Está bien. —Ella se dirigió hacia la puerta—. Budd, ¿puedo volver mañana?

—Siempre que guste.

Elynor dudó un momento.

—Nunca le habla visto tan frío —insistió.

—Tengo algo de jaqueca —se disculpó él.

—¡Hum! —Elynor abrió y salió rápidamente. Baxter respiró, muy aliviado. Aquella chica había estado a punto de obligarle a cometer una tontería.

La voz de Koye sonó, de pronto, a sus espaldas.

—¿Ha perdido el señor sus dotes de seductor?

—Tim, lo que no quiero es que esa preciosa chica pierda su cabeza por alguien que luego no querría continuar con el juego —respondió Baxter, melancólicamente.

—El señor hace bien. A veces, es necesario más valor para emprender una retirada, que para lanzarse al ataque. Sólo el hombre sensato sabe cuándo le conviene retroceder, aun cuando tenga ya ganada la partida.

Baxter asintió distraídamente. Koye añadió:

—¿Cenará el señor en casa esta noche?

Hubo un momento de silencio. Luego, Baxter se acercó al teléfono.

—Haré una llamada. De la respuesta depende que cene en casa o no —dijo.

Momentos después,, oía una voz al otro lado del hilo:

—¿Sí?

—Soy Bill, nena. Ya estoy de vuelta. Tengo que hablar contigo.

— ¡Cuando quieras! —respondió Carla, entusiasmada—. Ven ahora mismo.

—Pero tienes que actuar...

—Al diablo mi trabajo. Tú eres más importante, hombre tímido.

Baxter sonrió.

—Voy a darte una sorpresa, Carla —anunció.

CAPÍTULO XII

— Es increíble —dijo Carla, un par de horas más tarde—. Yo... yo he estado a punto de verme mezclada en ese espantoso jaleo...

Baxter enseñó los dos transmisores, que ya había quitado de sus emplazamientos. —Sospechaban de ti. Lo siento, pero no podía actuar de otra forma, preciosa.

Carla se puso una mano sobre el pecho opulento.

—Bueno, ya se me va pasando... Eggles era un tipo muy dominador. Nunca acabó de gustarme del todo, aunque, a veces, ya puedes imaginarte, una tiene que hacer cosas que no le gustan... Pero creo que tuve suerte, acabó por desinteresarse de mí... Aquella noche, cuando me viste con Dyle en el coche, había venido a buscarme por orden de Eggles. Quería dorarme la píldora del despido, simplemente.

—¿Qué hiciste tú?

—Bueno, fingí un poco de despecho, pero, por dentro me sentía la mar de contenta. Baxter sacó un papel del bolsillo.

—Corresponde este número de teléfono al que tú conoces? —preguntó.

—Sí —repuso ella en el acto—. Y sé dónde...

—No hace falta que sigas; yo también lo sé.

De repente, se oyó un ruidito en la cerradura.

Carla volvió la cabeza. Baxter se puso en pie en el acto, a la vez que recomendaba silencio a la cantante.

De puntillas, el joven se acercó a la puerta. Carla le miraba con ojos muy abiertos.

La puerta se abrió. Un hombre, con una pistola en la mano, avanzó hacia la joven.

—¡Adiós, Carla! —dijo Brucker.

Pero no tuvo tiempo de apretar el gatillo. El filo de una mano golpeó secamente su nuca. Las rodillas de Brucker se doblaron instantáneamente.

Carla no acertaba a moverse. Baxter cerró la puerta y quitó la pistola al caído.

—¡Agua, Carla, rápido! —pidió.

* * *

El coche se detuvo ante la casa en la que sólo se divisaba una

ventana iluminada. Una mano apartó las cortinillas. El hombre que estaba tras la ventana miró hacia el exterior.

—Es él, jefe —dijo Dyle.

Eggles se sirvió un trago. La botella tintineó, al chocar contra el vidrio más fino de la copa.

—Está nervioso, jefe —observó Dyle.

Eggles contestó con un bufido. «Sí —reconoció interiormente—, estaba nervioso.»

Últimamente, había cometido algunos fallos. Quizá el peor era olvidar a Carla. Carla conocía aquella casa.

Hubiera podido hablar, pero, por fortuna, lo había recordado a tiempo. Brucker se había encargado de reparar aquel olvido.

Despachó la copa de un trago. Ahora tenía otro problema, encima. Debería abandonar el país.

El presidente estaba vivo. Aquella misma noche, lo había visto hablar por televisión. Ello significaba que el atentado había fracasado.

—Tantos meses de preparación, para nada… —se lamentó amargamente.

La noticia del atentado no había sido divulgada aún, aunque tarde o temprano acabaría por conocerse. Sin embargo, la policía y los Servicios Secretos debían de estar ya enterados de su participación en el asunto. Estaban buscándole, aunque no le encontrarían. Aquella residencia era conocida de muy poca gente y todos absolutamente fieles.

Tendría que abandonar muchas cosas, por supuesto, pero podría escapar. Aguardaría algunas semanas, se dejaría crecer la barba, incluso la teñiría… Ya tenía barriga, pero haría ejercicio para adelgazar… Y nunca le habían faltado un par de pasaportes falsos, algunas veces utilizados en turbios negocios con notorios resultados.

Dyle frunció el ceño.

—¿Qué diablos le pasa a Brucker? —gruñó.

Volvió junto a la ventana. El coche seguía en su sitio.

—Habrá ido a la cocina, a prepararse un bocadillo —añadió.

—Podía haber pasado antes por aquí, ¿verdad? —gruñó Eggles —. Al menos, diría lo que ha ocurrido…

—Ya lo ha dicho por teléfono, jefe.

—Sí, pero porque yo le amenazaba con una pistola.

Los dos hombres se volvieron instantáneamente, pasmados de asombro al oír aquella voz. Apoyado con aire negligente en la jamba de la puerta que comunicaba con las habitaciones, estaba Budd Baxter.

* * *

La cara de Eggles tomó instantáneamente un tinte terroso. La presencia de Baxter en aquel lugar significaba el fracaso de todos sus

planes.

Dyle se envaró. Tenía una pistola guardada en la funda sobaquera, pero prefería aguardar la ocasión propicia. Aquel hombre era un diablo; no podía correr con él ningún riesgo.

—Eggles, tengo unas cuantas noticias que darle, todas ellas muy malas —continuó Baxter—, La primera de ellas ya la conoce: Brucker fue a casa para liquidar a Carla Thaite, pero dio la afortunada casualidad de que yo estaba allí. Le di un golpe, lo atonté, consumí luego una jarra de agua en refrescarle las ideas y, al fin, usó este número secreto de teléfono.

»De todas formas, yo hubiera venido igualmente. Usted cometió otro error, cuando tuvo a Li-Wo tres días en casa de Dvorak, esperando que yo fuese a visitarle, como así sucedió. Hace años, Dvorak aprendió a distinguir los números del disco telefónico por el oído. Dvorak estaba muy furioso por lo que querían hacer con él y me facilitó el teléfono al cual Li-Wo llamaba con frecuencia, mientras aguardaba mi llegada. Así, pues, aunque yo no hubiera evitado el asesinato de Carla, éste habría resultado una acción inútil, porque igualmente estaría hablando con usted.

»En cuanto a la noticia del fracaso del atentado contra el presidente, ya la conoce, porque, de otro modo, ahora estaría usted en la Bolsa, comprando a la baja como un loco. Bueno, estaría dando órdenes de compra a los agentes, desde el bufete al cual ya no puede volver..., pero eso es indiferente. El atentado ha fracasado y es lo que interesa.

De pronto, Baxter reparó en la gran cortina que cubría la puerta en la que se hallaba. Pertenecía a una decoración ya anticuada, como la casa, y estaba adornada con grandes cordones de color carmesí, con unas enormes bolas con flecos en la parte inferior. Alargó la mano izquierda y sopesó la bola flecada, cuyo peso le sorprendió considerablemente.

—Deje eso —gruñó Dyle.

—Siga, Baxter —ordenó Eggles—. Quiero oírle hablar, .pero sepa que no saldrá vivo de aquí.

Baxter sonrió, sin soltar el grueso cordón.

—Tengo que darle otra noticia mucho más interesante. MacDonald fue sorprendido cuando iba a asesinar al presidente, porque Wright fue detenido, aunque el hecho, por precaución, no ha sido divulgado. Usted ya no podrá volver a Suiza y ordenar el asesinato de Forrestyne. Ya no podrán continuar con el juego de obligarle a firmar por medio del «pentotal», cada vez que necesitaban realizar algunas transacciones de importancia. Forrestyne está sano y salvo y, lógicamente, en período de convalecencia. Muy bien cuidado, por cierto; Janine es una enfermera competente... y de físico

sumamente agraciado.

Eggles se quedó con la boca abierta.

—Tal vez le hubiera convenido saber que mi padre y Forrestyne fueron muy amigos, en tiempos —continuó el joven—. La propiedad de Lausana estaba bien vigilada, pero usted descuidó el maletero del «Mercedes». Wright está en la cárcel, Folsom ha muerto y…

»En fin —prosiguió Baxter, ahora muy serio—, sus planes para conseguir un poderío ilimitado, se han ido al diablo. Ya no podrá tirar del trozo de correa que sobresale de la hebilla del cinturón, para arrastrar al mundo adonde usted le parezca. La fortuna de Forrestyne le habría servido para esa gigantesca especulación de Bolsa, en la que podía haber ganado quizá mil millones… sin contar con los beneficios del *P-10,* de cuya fabricación habría tenido usted el monopolio. Imagínese, armas de todas clases hechas con *P-10,* estructuras de avión, de barco, miles de objetos… Hubiera representado un grifo que vertiese oro líquido, ininterrumpidamente, pero todo eso le importaba a usted menos que el poder que habría llegado a conseguir. Hay momentos en que el dinero ya no representa nada, salvo por el poderío que confiere y eso es lo que usted quería y eso es lo que ya no logrará.

Eggles tragó saliva con dificultad.

—Baxter, tiene usted un pico de oro, pero eso no le servirá de nada. No saldrá vivo de esta casa —aseguró.

El joven sonrió. Tranquilamente, sacó una navajita del bolsillo y, empinándose de puntillas, cortó el cordón a unos dos metros y medio del suelo.

—Es para atarles —dijo—. Dyle, usted mató a una buena amiga mía. Fue un crimen salvaje, adornado con un detalle de insuperable sadismo. Ella no le había hecho nada, pero usted quería amedrentarme. Eso no se lo perdonaré jamás.

—Una vez me derrotó usted, pero no me dejaré sorprender más —dijo el asesino.

—Usted es un chico listo. La pistola que encontró la policía el día en que recogió a un supuesto borracho en un callejón, no es la misma que utilizó para disparar contra Clara Maine o, de lo contrario, Eggles no habría podido conseguir su libertad bajo fianza. Pero, apostaría algo a que ahora sí lleva, encima, esa misma pistola.

—Es muy cierto —contestó Dyle—. Y ahora mismo va a conocer, usted, sus efectos.

Dyle metió la mano en el interior de su chaqueta. En el mismo instante, la pesada borla flecada partió silbando, con la velocidad del relámpago.

Baxter utilizó la borla como si fuese el *Kyotetsu-koge,* el arma oriental de distintas formas, sujeta a un largo cordón. Podía ser un

cuchillo corvo; una hoz de pequeñas dimensiones, un círculo de bordes como navaja de afeitar, un puñal que se clavaba en el cuerpo del atacado y luego era retirado de un tirón…, pero aquel improvisado *Kyotetsu- koge* fue empleado por Baxter de una forma ciertamente original.

La borla alcanzó el cuello de Dyle y dio un par de vueltas a su alrededor, cuando ya la pistola salía de su funda. Baxter agarró el cordón con ambas manos y pegó un fortísimo tirón.

Dyle era un hombre pesado, pero, aun así, sus pies se separaron del suelo. Sus ojos voltearon, agónicamente, en las cuencas orbitales. Pero el tirón había sido ejecutado con una fuerza tremenda. Las vértebras se descoyuntaron y Dyle cayó de bruces, con el cuello roto.

Aterrado, Eggles echó a correr. Salió de la casa y subió al coche, poniéndolo en marcha inmediatamente. Al arrancar, las ruedas delanteras estallaron sonoramente. Entonces, con un sollozo de pánico, comprendió la trampa preparada por Baxter.

Súbitamente, se oyeron sirenas policiales. Luces de faros de automóviles convergieron velozmente hacia la casa. Eggles, desmoralizado, se apeó del coche.

Baxter salió a la puerta. Hayes corrió hacia él.

—Ahí lo tienes— dijo el joven.

Hayes le miró un instante. Luego entró en la casa, pero volvió a salir fuera muy pronto.

—Me has avisado demasiado tarde —acusó, irritado.

Baxter se puso un cigarrillo en los labios.

—Ahí tienes a uno de los principales culpables. En cuanto al otro… era una cuenta que yo debía saldar personalmente.

Hayes conocía el afecto que Baxter había guardado para Clara Maine.

— Está bien, vete; ya arreglaremos el asunto —dijo.

—En la parte trasera de la propiedad hay un cobertizo con maquinaria y elementos de laboratorio. No lo toquéis, tiene dueño — advirtió Baxter.

Había otro coche en la casa. Baxter se apropió de él sin ningún escrúpulo. Ya lo devolvería, pensó, mientras hacía funcionar la llave de contacto.

Denis Gray puso el grito en el cielo, cuando se enteró de los viajes tan costosos que Baxter había realizado.

—A este paso, vas a arruinar a la agencia…

Baxter sacó del bolsillo un papel alargado y lo puso delante del objetivo de la cámara. —Deja ya de farfullar tonterías y lee la cifra y la firma —dijo.

—Ca… caramba —exclamó Gray segundos más tarde—. No se puede decir que Forrestyne sea un tacaño, como se rumorea por ahí…

—Con esta suma, podrás poner en marcha el plan que te sugerí hace algún tiempo: ya sabes, *cassettes* con noticias de televisión... Es decir, si te parece rentable. De otro modo, lo abandonaremos. En fin, lo dejo en tus manos.

—Bueno, me lo pensaré. Pero, por el amor de Dios, deja ya de hacer el tonto, Budd. Tú ya me entiendes, ¿verdad?

Baxter sonrió. Jamás había intervenido en un caso que no le mereciese especial atención y nunca lo había hecho por dinero, aunque, en ocasiones, hubiese podido parecer interesado. Pero su afán de justicia era inagotable.

—Veremos —dijo evasivamente.

Cuando salía del cuarto de comunicaciones, llamaban a la puerta.

Era Elynor. La chica iba lujosamente vestida, con un collar de perlas de cuatro vueltas, pendientes de brillantes y un espectacular abrigo de armiño.

—¿Eh, qué le parece? —dijo, a la vez que giraba sobre sí misma —. Y eso no es nada; abajo, en la puerta, tengo un «Rolls» con chófer...

—El *P-10* es una mina de oro, ¿eh? —dijo Baxter sonriendo.

—En efecto. He firmado un ventajosísimo contrato... Pero todo lo daría muy bien empleado por una sola cosa.

Elynor se acercó al joven mirándole con los ojos muy brillantes.

—A veces me llamas Piel de Melocotón —le recordó.

Baxter se acarició el mentón.

—Elynor, ¿por qué no me esperas en el coche? Tengo que hacer algunas cosas muy urgentes y no admiten dilación...

—Muy bien, pero no tardes. Te debo mucho —contestó ella—. No sé qué habría hecho sin tu ayuda. Quiero demostrarte que soy agradecida.

—De acuerdo, pero ahora baja a la calle y aguárdame.

Elynor se marchó. Baxter corrió al teléfono, buscó en la agenda particular y marcó un número.

—¿Oiga? ¿Elmstone Helycopter? ¿Sí? Gracias, envíen un aparato inmediatamente a... Koye, a pocos pasos, sonrió maliciosamente.

—Es la primera vez que el señor emplea ese método para salir de casa —dijo.

Baxter le guiñó un ojo.

—La salida está bloqueada. Por fortuna, los «Rolls» no vuelan —contestó—. Y no soy el primero, en este edificio, que usa el helicóptero.

—Eso sí es muy cierto, señor —convino Koye.

Luego, Baxter, antes de subir a la terraza donde le recogería el helicóptero solicitado, hizo otra llamada.

—Carla, soy Budd.

—¡Cariño! —gritó la artista—. ¿De dónde sales?

—Pregunta mejor cuándo puedo entrar —respondió él, maliciosamente.

—Ahora mismo...

—A las siete y media.

—Sí.,

—Encarga champaña.

—Lo tengo ya, Budd.

—Eres previsora, nena.

—Sabía que volverías, simplemente. Oye, he leído que Eggles ha sido arrestado y que Dyle murió...

—¡Olvídalos, Carla!

Baxter colgó el teléfono.

—Tendré que permanecer un par de días escondido —suspiró.

—Si el señor quiere evitar ese sufrimiento, yo me ofrezco a padecer por él —dijo Koye. —Gracias, pero no me gusta traspasar a otros mis propias penalidades —dijo Baxter riendo, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Cuando esperaba en la terraza la llegada del helicóptero, pensó en Clara Maine. Soplaba una fresca brisa. Clara estaba ya vengada..., pero aquel viento le pareció que se llevaba su recuerdo. Era inevitable, admitió con cierta melancolía.

Pero, al menos, un grupo de asesinos despiadados, hombres sin alma, habían pagado sus culpas. Y no serían los últimos, pensó, porque, lamentablemente, abundaban los hombres sin alma, contra los cuales lucharía ardiente e incansablemente.

FIN



buenas noches

¿A USTED LE QUITAN EL SUEÑO LA INFLACION, LAS LETRAS DEL AUTOMOVIL Y LOS RECIBOS DEL GAS?

¡PUES RELAJESE, HOMBRE! Y APUNTESE A NUESTRA CARCAJEANTE Y PICARUELA



LA REVISTA DE LOS CHISTES SEXY; LLENOS DE BUENA INTENCION.

¡YA ESTA A LA VENTA!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.